



FRAY MOCHO

(JOSE S. ALVAREZ)

Fué uno de los grandes costumbristas del Río de la Plata. Argentino de nacimiento, mostró al gaucho, a los aventureros patagónicos y a los tipos de la ciudad y del arrabal en sus aspectos más originales y pintorescos. Sus cuentos, inimitables, son saboreados con verdadera fruición por el público de toda América. Hay en ellos gracia, humorismo de buena ley y, en el fondo, un profundo sentimiento humano.

He aquí una selección de sus obras:

EN EL MAR AUSTRAL Aventuras en la Patagonia. Relato novelesco de singular argumento. Apasiona e interesa, tanto por sus dramáticas incidencias como por los tipos que en él figuran y los paisajes que describe con mano maestra.

SALERO CRIOLLO La picardía criolla en su más genuina expresión. Leer estos cuentos es revivir toda una época. Fray Mocho los arrancó de la realidad, calcando, puede decirse, sus giros y sus pintorescas formas de expresión.

CUENTOS DE FRAY MOCHO Lo mejor y más característico del gran costumbrista argentino, que tanta influencia ha tenido sobre el cuento y el teatro rioplatense. La ciudad, el arrabal porteño, reviven en su mejor y más característica época.

Gruesos volúmenes, con originales portadas en colores, 200 páginas de texto moderno y revisado.

En venta en todas las buenas librerías y en la
EDITORIAL TOR, Río de Janeiro 760 — Buenos Aires

JOSE S.
ALVAREZ
FRAY MOCHO

SALERO
CRIOLLO



1396
CEXECI

600

SALERO CRIOLLO



UEX

BICC

TS-6021

615311752
i 15212816

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA



2 202000 363958

JOSE S. ALVAREZ
FRAY MOCHO



SALERO
CRIOLO

EDITORIAL
TOR

LIBRO DE CUENTAS



REPUBLICA DE VENEZUELA
MINISTERIO DEL INTERIOR
SECRETARÍA DE ESTADO DEL INTERIOR
BUREAU ALBA

TS-6021

JOSE S. ALVAREZ
(Fray Mocho)

SALERO CRIOLLO



EDITORIAL TOR

Dirección, Administración y Talleres: RIO DE JANEIRO 760
Exposición y ventas central: DIAGONAL NORTE 580
BUENOS AIRES

ES PROPIEDAD. Queda hecho el depósito que marca la ley.

BIOGRAFIA DE JOSE S. ALVAREZ

José S. Alvarez Escalada — “Fray Mocho” — nació en Gualeguaychú, provincia de Entre Ríos, el 26 de agosto de 1858, siendo hijo de Desiderio Alvarez Gadea y de Dorina Escalada Baldez.

Sus primeras letras las hizo en la escuela particular de don Olegario Errazquin, un gran maestro por vocación, hombre de vasta cultura, vasco de nacionalidad y argentino por alma, que dedicó su vida entera a la enseñanza con desinterés admirable y cuyas hijas siguieron sus huellas siendo beneméritas educadoras en la Capital. La escuela de “Don Olegario”, como todos lo llamaban con cariño, funcionó en Gualeguaychú cuando “Fray Mocho” era alumno entre los años 1866 y 1876.

Después ingresó “Fray Mocho” como alumno en el histórico colegio nacional del Uruguay, como becado cursó hasta el tercer año de bachillerato. Suprimidas las becas, no pudo continuar los cursos hasta que su comprovinciano el doctor Onésimo Lequizamón, siendo ministro de Instrucción Pública,

le obtuvo una beca en la Escuela Normal de Paraná que dirigía el doctor Torres, y donde cursó hasta el último año de profesorado. No obtuvo su título porque abandonó las aulas para venir a Buenos Aires donde lo atraía el periodismo y la literatura que lo llamaba irremisiblemente y donde formó su personalidad.

Llegó a Buenos Aires en los primeros días del mes de diciembre de 1879 y poco después entró como repórter de policía del diario "La Pampa" que dirigía aquella recia personalidad que se llamaba Exequiel Paz, secundado por un joven llamado Manuel Mendoca, caballero sin tacha, ni reproches, de suaves maneras y de una vasta ilustración literaria, sin más defecto que una modestia que cuidaba como un tesoro. Mendoca se unió a "Fray Mocho" en una amistad que duró la vida de ambos.

Después pasó a "La Nación", como repórter parlamentario, y en 1884 dió a luz su primer libro de cuentos picarescos "Esmeraldas".

En 1886, siendo jefe de policía el coronel Aureliano Cuenca, de quien "Fray Mocho" escribió a su muerte en un artículo lleno de sentimiento: "un hombre de estatura algo más que mediana, ancho de espaldas, de musculatura recia y pronunciada; revelaba la fuerza en todos sus movimientos, su mirada era dulce por lo general, pero se hacía centelleante cuando se trataba de algo que lo apasionaba. Era tranquilo pero de sentimientos ardientes". El coronel Cuenca confió a "Fray Mocho" la organización de la "Comisaría de Pesqueras", y éste la fundó, estudió y le dió su reglamento y, al año, escribió

para uso exclusivo de la Policía y comisarios la primera "Galería de Ladrones" con retratos y maneras de delinquir de cada uno, clasificándolos según sus métodos. Es éste el primer trabajo sobre criminología publicado y en él se ocupó en su cátedra de la Facultad de Derecho el doctor Luis María Drago de tan alta memoria.

Fué después inspector general de la Municipalidad bajo la Intendencia del doctor Antonio Crespo, también por primera vez organizó y llevó a cabo una enérgica y metódica campaña contra los garitos y casas de juegos.

En 1897 escribió "Memorias de un vigilante" y, más tarde nombrado oficial mayor del Ministerio de Marina fué enviado por el ministro de Marina, ingeniero Guillermo Villanueva, a contratar marineros para nuestra armada en las islas del Delta, comisión llena de peligros, que cumplió con gran resultado y a la vuelta de la arriesgada expedición escribió el "Viaje al país de los matreros", describiendo las tierras que había recorrido en su misión y los hombres, casi todos hostiles que había conocido. Miguel Cané, nuestro ministro en Francia, escribió en "La Nación" un gran estudio.

Al año siguiente escribió el "Mar Austral", primer libro que dió a conocer y puso de relieve la importancia de esas entonces misteriosas tierras de nuestro sur y que le valió una conceptuosa carta de nuestro gran marino el almirante Domecq García, que bien las conocía.

En 1898 fundó con Bartolito Mitre, Manuel Mayol y Eustaquio Pellicer la revista "Caras y Care-

tas”, orientándola con su espíritu nacionalista y empezando con su espíritu selecto la transformación de la caricatura personal agresiva a la crítica fina y espiritual, y en sus páginas reflejando día por día la vida intensa de la gran metrópoli que él había conocido casi aldea.

De este período son sus cuentos de la ciudad, del arrabal y camperos.

“Fray Mocho” murió en esta capital el 23 de agosto de 1903.

SILUETAS CALLEJERAS

El basurero

El basurero no es un hombre: es una trinidad formada por un carro sucio, dos caballos sucios y éticos y un individuo por lo general gallego, sucio también como el carro y los caballos.

En la calle marchan ligados entre sí por un vínculo solo, único e inquebrantable: la basura.

* * *

Por la vereda va un hombre con una misa cuyo color es imposible averiguar sin usar para ello de medios aun desconocidos en la química moderna, y con un pantalón que al primer golpe de vista parece continuación de la camisa, pero que, fijándose, se ve que se halla unido a ella por una faja que habiendo sido celeste ha llegado a ser igual a las prendas que une.

Este motoncito de cosas tan... así, es coronado por un sombrero ex chambergo que no se abochorna de ellas y que aun es capaz de mostrar en el lado derecho la huella que le han impreso con su contacto los aseados cajones que se usan en Buenos Aires para los desperdicios, y se asienta sobre un par de botas que son una verdadera maravilla. Averiguar el cuero de que fueron hechas, la fecha, el artífice que las modeló con un martillo y el color primitivo que tuvieron, es un problema tan difícil de resolver como el de vivir sin comer que yo y algunos de mis colegas, hoy gordos y rechonchos, tuvimos planteado varios años y que al fin dejamos sin solución.

Uno de estos colegas que vivió en la vecindad de una de estas botas me decía varios años después, y temblando aún de miedo al recordar las proezas de sus vecinos:

—Estas botas harán mi fortuna cuando venga la guerra con el Brasil: yo le venderé al gobierno el secreto de deshacerse por medio de ellas de los enemigos de la patria. Gracias a mí los basureros serán unos sansones argentinos, y quizás me levanten una estatua.

El futuro agradecido de mi colega es una máquina que grita: ¡sura!, ¡surero! como avisando que llega, guiña el ojo a las sirvientitas que lo esperan o les hace fogosas declaraciones de amor, indica con un pequeño gruñido a los caballos que le sigan, levanta cajones, los vuelca y vuelve a dejarlos en la vereda.

Y no se turba en su tarea y mira todo: las sir-

vientitas, la gente que pasa y los objetos que contiene cada cajón, ¡para ver cuáles puede recoger para sí y venderlos con provecho!

* * *

Lo siguen dos caballos, los bichos más desgraciados que parece contener este mundo; yo creo que, entre la raza caballuna, pertenecer a un basurero debe ser algo así como la expresión más acabada de la mala estrella.

Se les ve embarrados hasta el lomo, llevando colgajos de basura por todos lados, flacos, resfriados.

Casi todos estos caballos padecen de manía de las comidas: sueñan con banquetes de alfalfa, con toneladas de maíz amarillo y fragante, con torrentes de agua clara como la que bebieron en sus buenos tiempos, cuando se les apreciaba por la esbeltez de su estampa y cuando aun no se habían degradado; es por esto, bajo el acicate de esta manía, que de repente se les ve trotar con premura, como deseosos de alcanzar el sueño que los deslumbra.

Hay quien asegura que han existido caballos de éstos que, escapando al influjo de su manía por un momento, se han suicidado al ver su humilde condición.

Sus almas estarán a estas horas ardiendo por haber ofendido a Dios y a la sociedad y por no haber tenido valor para soportar las desgracias de la vida.

Las indicamos a los rezos de las personas piadosas.

* * *

Y el final de la trinidad es el carro, un digno *pendant* de las botas del conductor.

Es un armatoste chillón, tormento de dormilones y gran moledor de adoquines que, sin embargo, impide en algo que nuestra sucia ciudad lo sea en grado superlativo, o llegue siquiera a parecerse a su interior, donde se confunden y se dan un beso una cola de pejerrey y un ramo de violetas secas, que quizás presenció un idilio o asistió a una de esas *peleítas* que uno tiene con su novia a fin de poder gozar las dulzuras de una reconciliación.

CUENTOS GAUCHOS

(*De la cartera de un cura*)

Galopábamos a la par Martín, un viejo gaucho, que siempre me acompañaba en mis excursiones, y yo. Bajo los rayos de un sol picante —pues serían las diez de una mañana de diciembre —habíamos atravesado las dos leguas que separan la estancia del *monte* donde quería pasar las soporíferas horas de *siesta*, cazando descansadamente bajo aquellas enramadas seculares, donde era un acontecimiento, para el pasto que las tapizaba, un rayo de sol que culebreando entre el follaje alcanzara a besarlo. Al llegar a la linde de la selva y cuando ya oíamos el quejido agudo de las torcaces, el silbido de los cardenales, el grito alegre de los horneros y pica-palos y la bullanguería de los loros, que sobrepasaba a todos los demás silbidos, quejidos y gritos, Martín sofrenó su caballo y se detuvo.

Luego que lo imité, me dijo extendiendo el brazo hacia la derecha:

—Mire allá... ¿qué ve?

Miré en la dirección indicada, pero no vi sino la llanura, la inmensa llanura matizada con todos los tonos del verde, y más lejos, allá en el horizonte, sombras vertiginosas que corrían paralelas a él y que no eran sino los rayos del sol reflejados sobre aquel mar de verdura, quieto y tranquilo.

—No veo nada...

—¿Ve aquella isleta de chañares en la ladera de la cuchilla?... ¿No la ve?... eso negro...

Entonces noté una mancha que alteraba aquella superficie uniforme, pero era tan imperceptible y estaba tan lejos, que no me era dable distinguir su naturaleza.

—Sí, la veo —contesté sin embargo.

—Bueno. ¿Y no ve un *venao* en la punta de la isleta, un macho grandote con un monte de aspas?

—No veo nada, hombre, no veo... ¿Pero qué diablos de ojos son los suyos?...

—¡Ahí verá, pues!... Bueno; ese macho está matando una víbora que se ha dormido entre los chañares.

—¡Hombre, hombre! ¿Y cómo es eso?

—¿Pero qué, no sabe cómo hace el *venao pa matar* las víboras que encuentra dormidas?

—Francamente, no lo sé.

—Bueno... El *venao* encuentra una víbora durmiendo y la rodea con un hilo de babas; después se va como a un tiro de lazo, se para y comienza a

mirar *pa donde* está la víbora y a *patiar* el suelo.

—¿Y? —dije, ya interesado por el relato, aun cuando no lo creía.

—Y la víbora se *dispierta* y lo que se halla cercada por las babas de su enemigo —los *venaos* y las víboras son enemigos a muerte —se mata a golpes en el corralito sin poder saltarlo.

—¿Y de qué tamaño es el corralito?

—¡Y yo qué sé!... Ha de ser chico.

—¿Pero nunca ha visto alguno?

—¿Y quién va a ver?... Si las babas se secan cuando *cain* sobre los *pastos*.

—¿Entonces cómo no lo puede saltar la víbora?

—Yo no sé... dicen que si el *venao* se va a más de un tiro de lazo o deja de mirar *pa el* corralito, mientras la víbora se mata, ésta se le escapa.

—¡Bah, bah!... Todo eso son mentiras...

—¿Mentiras? —y aquí Martín echó una ojeada a la isleta— mire; ya el *venao* se va... ¿a que si llegamos a los chañares hallamos la víbora muerta?... ¿Quiere *dir* a ver si son mentiras?

Mi curiosidad estaba picada y accedí a la invitación.

Pasado un cuarto de hora llegamos a los chañares, que no pasaban de veinte, achaparrados y ruines a fuerza de soportar nidos, y no tardamos en encontrar la víbora muerta —una gran víbora de las llamadas *de la cruz*— aterciopelada y lustrosa.

Examiné bien su cuerpo: no tenía una sola herida.

—Es curioso —pensé en voz alta—; jamás he visto escrito esto.

—¡Y qué va a ver! —me dijo Martín muy contento de haberme probado su tesis— si los *gringos*, esos que hacen libros, no saben de estas cosas.

Volvimos a montar para internarnos en el bosque y al alejarme vi en una cuchilla, como a tres cuabras de distancia, al venado triunfante que lucía una verdadera cabellera de cuernos.

Desconfiado y temeroso, había interrumpido su almuerzo para observarnos.

INSTANTANEAS METROPOLITANAS

Octubre, 29 de 1894.

Mi querido Niño:

Ahora ya no soy aquel trabajador de antes, que usted conoció echando el alma sobre las mesas de redacción, sino uno de los tantos vagos que caminan por las calles de esta ciudad —tan llenas de cosas curiosas— a caza de algo que hacer. Mi correspondencia, pues, no será científica ni literaria, sino sencillamente informativa; me dejaré de libros, de escabrosidades políticas, de investigaciones prolijas y minuciosas respecto a cómo se pasan las cosas en la realidad de la vida y me limitaré, pura y exclusivamente, a pintárselas como yo las veo, a transmitirle los comentarios que oigo por ahí, a ser, resumiendo, un fotógrafo que saca vistas instantáneas para *La Mañana*.



En la calle de Artes, al llegar a Viamonte, barajada con tiendas y mercerías disfrazadas de baratillos, con joyerías en que se venden alhajas vistosas, pero más falsas que promesa de candidato o palabras de novio con intenciones deshonestas, se ha abierto un restaurant de poca apariencia que se llama "Cantina dil 20 Settembre", cuya única y especial particularidad es que a las doce del día o a las siete de la noche se reúnen en ella la flor y nata de nuestros vagos más conocidos, vale decir, de nuestros poetas de más talentos, de nuestros pintores más en auge, de nuestros músicos o cantores más afamados y de los coristas de todas las artes, esos entes raros y originales que forman la corte de admiradores de cualquiera que se distingue en la majada humana, ya sea por una habilidad, por una singularidad de carácter que divierte o por alguna dote excepcional de la naturaleza, tan caprichosa.

Es un vasto salón lleno de pequeñas mesas colocadas en dos filas paralelas, en el cual se oyen hablar todas las lenguas del mundo, donde se conversa en todos los tonos, donde se despelleja a medio mundo con toda gentileza y donde se toma el mejor y más verdadero zumo de las rientes colinas de Toscana.

Le recomiendo este *antro* cuando ande por estos pagos y se lo recomiendo también a las graves personas que habitan La Plata y que, como gente seria y de orden, cuando puede pescar la oportuni-

dad de dejar sólo por una noche el hogar querido y respetado, echa una cana al aire con el entusiasmo de cualquier jovenzuelo del tiempo viejo, y no digo del presente porque los muchachos de ahora luchan a porfía por saber cuál se aburre con más seriedad, más distinción y más gravedad.

Hoy el Buenos Aires alegre está refugiado en el "20 de Settembre", y es de allí de donde sale para desparramarse por los teatrillos a gozar en la contemplación de los pacíficos ciudadanos que aun se deleitan oyendo cantar *La Verbena de la Paloma*, la *Cavalleria Rusticana* —con un aire que sienta muy bien a comerciantes serios o a futuros yernos de algún viejito dorado, cuya hija está destinada, por ser rica, a sufrir todas las penas del purgatorio— o por esos otros donde bailan francesitas-picantes vestidas de hormigas o de mariposas y que se ven repletos por nubes de vejancones que aun conservan un resto de paladar y que se extasían con la pimienta y la mostaza inglesa.

Al día siguiente, a cada noche, a la hora del almuerzo, tiene que ver el salón.

Los viejos barítonos, los tenores de voz cristalina, los *Hilariones* o los *Julianes* de las Verbenas, se gritan de mesa a mesa las aventuras de entrete-lones, en que fué protagonista tal o cual rentista conocido, tal o cual político, médico o ingeniero de renombre.

Y los poetas que se duermen sobre una fuente de tallarines al jugo, los pintores que buscan colorido en un plato de huevos al infierno y los músicos que persiguen un "si" entre los vericuetos de

un chinchulín a la parrilla, abren el ojo y aguzan el oído para no perder una sílaba de los relatos espeluznantes en que figuran por lo general zonzos con pantalones y galera y diablos con vestidos y puntillas.

* * *

¿Sabe usted lo qué es el kinetoscopio? ¿Cómo no lo ha de saber? Es el último invento de Edison, del célebre electricista yanqui que, según afirman, tiene la manía de no comer cebolla.

Aquí en Buenos Aires tenemos uno ahora, y la verdad es que asombra por el ingenio maravilloso que ha presidido su formación.

¡Es la fotografía con movimientos!

Dentro de poco, cuando el aparato se generalice, no sólo podrá tener uno un retrato con todos los defectos y bellezas del original, sino que uno verá cómo se ríe la bella que lo cautiva con sus dientes blancos, cómo se rasca la pequeña oreja rosada o cómo se arregla el rizado vello de la nuca con sus dedos de hada.

¿Y ellas? ¡Qué fortuna!

Lo podrán tener a uno con el pelo coquetamente tieso, con el cigarrillo en la boca lanzando el humo por un lado con una mueca graciosísima, sonriendo dulcemente después de un estornudo de esos que hacen temblar las paredes.

¡Será delicioso!

El aparato es sencillo. Consiste en una sucesión de vistas de la escena que se quiere mostrar, gra-

badas en cintas de acero que giran en una máquina eléctrica de una manera vertiginosa.

Este movimiento da la unidad y el ojo no percibe la interrupción de las figuras que pasan.

He visto una pelea en una taberna: es perfecta.

La tabernera está de pie detrás del mostrador. Se acercan tres parroquianos y piden bebida; ella va al estante, toma la botella, les sirve, se sonríe, coloca la botella en su puesto y rascándose la frente oye lo que hablan.

Uno de los bebedores levanta el vaso y arroja el contenido a la cara de uno de sus compañeros que perora exaltado. Se arma una de trompadas indescriptible. Los bebedores se agarran del jopo y se dan golpes por donde pueden; el tabernero llega a los gritos, recogiendo el delantal, y empuja a los desordenados a la calle; la tabernera corre de un lado a otro agarrándose la cabeza. Luego el tabernero, barrigón y colorado, se voltea la gorra sobre la oreja con un movimiento compadrón e interpela a la tabernera, que le cuenta algo con gran lujo de visajes y de mímica.

A mí me ha parecido hasta encontrar en sus ojos una expresión singular: me parecía algo así como un deseo de que lo mataran al tabernero a fin de quedar viuda poder usar crespones negros que le sentarían muy bien, pues es blanca y gordinflona, y quedar en aptitud de casarse en segundas nupcias con algún dependiente o joven vecino; que se muestra solícito y mansejón!

Como cosa curiosa y original no he visto nunca nada igual y eso, mi amigo, que yo he estado hasta

en una audiencia de don Ladislao Martínez, actual Defensor de Menores, y lo he visto peleando con una señora criolla que había criado una negrita y no quería dejarla visitar con un pardito cochero de tramway que la requería de amores con fines matrimoniales.

* * *

El Ateneo es el areópago porteño en materia de pintura y literatura y usted sabrá que, a fin de darle importancia, no se admite en él sino gente de talento reconocido. Con este motivo ha habido verdaderas luchas por ingresar en él y hoy la sociedad, formada con elementos de primer orden, va viento en popa.

Ahora prepara una exposición de pintura que será un verdadero torneo de ese arte, pues todos los que lo cultivan se han apresurado a enviar sus telas, seguros de que serán vistas por ojos que entienden.

Cuadros no se han admitido muchos: yo conozco varios que han sido rechazados y han vuelto a manos de sus dueños, que andan bastante enojados por cierto.

Ellos, como los poetas cuyos versos nadie lee, irán muy pronto a engrosar la falange que se reúne en la "Cantina dil 20 Settembre".

¡Allí habrá que oír juicios y comentarios!

* * *

Anda haciendo furor un descubrimiento callejero: es una rosca de papel de colores que vende un italiano.

El dichoso aparato se lleva en la mano, medio oculto, y al enfrentar a la persona que se desea sorprender, se sopla por un pequeño tubo y la rosca se desarrolla tomando el aspecto de una nariz monumental y caprichosa.

Conozco un ñato que lleva ya compradas como diez docenas del juguete original: le gusta ser narigón, aunque sea por chacota. .

Saluda al señor director,

Nemesio Machuca.

CALANDRIA Y MARTINIANO LEGUIZAMON

Junio, 15 de 1896.

Al salir de Montiel, allá en la ladera pintoresca de una cuchilla del Gualeguay, en la estancia del viejo coronel Leguizamón, —uno de esos bravos del buen tiempo pasado que, si bien poco entendían de literatura, eran maestros de caballerosidad y de nobleza—, comenzó a estudiar los tipos y las costumbres que tan a lo vivo ha presentado en *Calandria*, el conocido escritor nacional con cuyo retrato engalanamos las columnas del *Mundo del Arte*.

El monte y la llanura, el arroyo manso y callado, las lagunas rumorosas, los juncales, las laderas tapizadas de flores, las hondonadas agrestes y misteriosas, le enseñaron lo que era belleza y lo que era color, y su padre, el viejo veterano, des-

pertó su imaginación de niño con el relato de las guerras legendarias de los gauchos que nos dieron patria, enseñándole a conocerlos en el medio mismo en que vivían y a interpretar su lenguaje sencillo, falto de corrección académica, pero rico en imágenes verdaderas moldeadas en la práctica de la vida.

¡Qué hogar de artistas y de hombres de ciencia fué aquel modesto y tranquilo donde pasaron su infancia los doctores Leguizamón!

El autor de *Calandria*, con su exquisita organización de artista, visitó más tarde las aulas y siempre el mismo —serio, grave, observador y estudioso— conservó las nociones adquiridas en sus primeros años con verdadero cariño y supo sacarlas triunfantes de entre la montaña de modelos clásicos con que las comparó.

No es el doctor Martiniano Leguizamón un artista ni un poeta convencional, de esos a los cuales el primer maestro que pasa los arrastra en su caída luminosa: es un cerebral verdadero, uno de esos que dicen y sienten lo que piensan porque tienen conciencia y tienen ideales. Allá en el colegio del Uruguay, en sus primeros años, leyó los mismos libros que todos sus coetáneos leímos; lloró con la *Graziella* de Lamartine y con *Cosetta* de Víctor Hugo, fué Efraím con la *María* de José Isaacs, encendieron su imaginación los cuentos terroríficos de Hoffman y de Edgardo Poe, cautivaron su admiración los misterios de Eugenio Sué y de Ponson du Terrail, lo dominaron Julio Verne, Mayne Reid, Finimore Cooper y Gustavo Aimard, lo

exaltaron los caballeros de Dumas, los bandidos de Fernández y González y las injusticias lloriqueantes de Pérez Escrich y de María del Pilar Sinués; pero nadie lo arrastró consigo. Un día hizo versos y en vez de cantar como los personajes de las novelas aplaudidas, cantaba como los buenos gauchos montieleros sus conocidos de la infancia. Después vinieron otros modelos, todos los clásicos, toda la hermosa biblioteca literaria de nuestro tiempo, griegos, romanos, franceses, alemanes, rusos, italianos, españoles, ingleses, daneses, suecos; pasaron por su mano novelas cuentos, versos, poemas, dramas y comedias y cuando da a la luz el resultado de sus observaciones y de sus estudios, deja a un lado modelos y libros pacientemente recogidos y honradamente estudiados y surge noble y generosa la obra de sus primeros años que es toda la verdad y sentimiento, que es poesía y es belleza:: aparece *Calandria* que más que drama ni comedia, es pintura, es fotografía, ¡es vida!...

Siempre fué así desde el colegio el doctor Martiniانو Leguizamón: una verdadera integridad intelectual un espíritu generoso y altivo que repudia el pandillerismo y campea por sus propios ideales sin vacilaciones ni cobardías.

No son sus gauchos los de Hidalgo, de Ascasubi o Del Campo —gauchos críticos y filósofos que sólo tienen del modelo la exterioridad del lenguaje —ni los geniales de *Martín Fierro*, de Hernández y *Juan Moreira* de Eduardo Gutiérrez, derrotados de la civilización, que sollozan injusticia y presentan una sola faz de ese carácter complejo del hom-

bre de nuestros campos que tiene tantas facetas como el de cualquiera de nuestras ciudades: los gauchos de Leguizamón son otros, menos detallados quizás, dada la estrechez del marco, pero más generales y más completos. Los demás tratan de relatar aventuras de gauchos y referir sus costumbres. Leguizamón pinta sus gauchos de cuerpo entero y los hace mover en su medio propio para que se revelen sus usos y sus costumbres, sus ideas y sus sentimientos, su entidad física y moral en una palabra, sin necesidad de notas ni explicaciones.

Los demás pintan al gaucho de oídas; Leguizamón lo pinta como lo ha visto, echa sobre el papel sus impresiones propias y con ellas, que son la verdad, arrastra al auditorio y le obliga a reconocer la diferencia que hay entre los gauchos convencionales que lo han obligado a aceptar, y los reales y positivos que todo hombre que haya recorrido nuestras campañas lejanas ha conocido y tratado.

Saludamos en el autor de *Calandria* al verdadero pintor de nuestras costumbres nacionales y al que está llamado, dadas sus dotes geniales, a conservar para la historia el perfil simpático de nuestro gaucho, que ya se pierde borrado por las exigencias de la época.

SILUETAS METROPOLITANAS

Capital federal, noviembre 2 de 1894.

Hoy han estado desiertos los locales que reúnen habitualmente a vagos y mal entretenidos; las gentes llenaban tranvías y carruajes y se llevaban detrás de sí a los que no hacen otra cosa, en las horas interminables del día, que mover las fichas del dominó, parar las piezas del ajedrez u orejear los naipes, buscando que no se corte la pinta, a ver si se hace la *flor* que da tres tantos de ventaja y por ello tres probabilidades de no pagar el consumo.

La Chacarita y la Recoleta estaban rebosantes de concurrencia endomingada que, bajo pretexto de recordar muertos y cariños viejos, se entregaba a la observación de telas y vestuarios o de cuerpos y donaires, según el gusto y sexo de cada concurrente.

¡No ha quedado vehículo roñoso que no haya ro-

dado por esas calles de Dios conduciendo colonias de microbios extraídas en masa de sus habitáculos usuales, ni coche coqueto y paquetón que no haya vaciado por su portezuela todos los primores de la jardinería porteña!

¡En este día las gentes van a los cementerios con el corazón en la mano!

¡Hasta los usureros más conocidos usan esa víscera en este día excepcional y se creen obligados a tener, como cualquiera, recuerdos dulces de las personas que a su lado pasaron la vida amarga!

Para no faltar a la costumbre *colocan bien* sus tarjetas y buscan el interés del capital exiguo empleado en la operación del recuerdo de sus antecesores o sucesores en la vanidad de que los crean los demás —que hacen poco más o menos lo propio que ellos —gentes de alma y de sentimientos.

* * *

Desde anteayer estamos los porteños con hora cordobesa y ya está cesando la anarquía que ha reinado en los relojes.

Amigo mío hay que no quiere todavía atrasar los veintitrés minutos consabidos y que se considera deshonorado con el solo pensamiento de que ya en Buenos Aires no sea verdad ni la hora.

Otro conozco que le ha arrancado la campana a su reloj del comedor, porque “desde que anda en cordobés hasta le siente tonada”.

El tema obligado en calles y plazas ha sido el desconcierto cronométrico, habiendo ciudadano me-

ticuloso que, al ir como todas las mañanas a tomar su hora en la plaza de la Victoria y encontrarse con una diferencia tan enorme en un reloj “que no variaba un segundo”, ha creído a éste atacado por lo menos de colerina.

Ya mañana las cosas cambiarán.

¿Qué cosa hay que no cambie aquí, en Buenos Aires?

* * *

Hoy abrió el Ateneo su salón de pinturas. No puedo decirle nada todavía porque no me han dejado entrar ni a mí ni a ninguno de los que comemos en la “Cantina dil 20 di Settembre”. “La apertura, nos han dicho invariablemente, no es para el público grueso”, y como nosotros formamos parte de éste, hemos comprendido la indirecta.

Yo, como aficionado, he visitado algunas casas de amigos pintores cuyas telas han sido rechazadas, razón por la cual, el estado de su ánimo no puedo decirle, sin mentir, que sea placentero.

Don Antonio Pignatelli, conocido carbonero de la parroquia de Balvanera y hombre que es una notabilidad como preparador de tallarines y poseedor de vinitos italianos, —según puede atestiguarlo el señor comisario Temístocles Obligado, el señor Fanor Ortiz, el que suscribe, el ex cura párroco de Santo Calamucciogargantano, ciudad de 50 almas en Calabria, don Nemoroso Hermógenes Picanchiculli, el poeta don Antonio Lamberti y otros sabios en la materia—, está con razón indignadísimo con el proceder del Ateneo.

Figúrese usted, para darse cuenta del disgusto de tan meritorio amigo, que él tiene un sobrino que se llama Gaetano, criollo, y a quien, notando que le gustaba el dibujo, —pues cuando era chico no dejaba pared en la parroquia que no tomara por lienzo, habiendo merecido por esta razón más de cuatro pescozones y tirones de oreja—, no trepidó en dedicarle al bello arte.

El joven tiene hoy 20 años, escribe en el *Correo de las Niñas*, firmando con su nombre escrito al revés, y ha recorrido todas las academias de pintura de Balvanera, San Cristóbal y San Juan Evangelista, o sea la Boca del Riachuelo, donde su tío va tres veces a la semana a comprar carbón por mayor.

En todas partes ha merecido elogios el talento del muchacho, menos en San Cristóbal, donde un peluquero español lo corrió una vez para degollarlo ante un retrato de su señora que le había encomendado y que luego por falta de dinero se negaba a recibir pretextando que no estaba parecido.

Fuera de este percance y de otro que le ocurrió por causa de unos versos que hubo de leer en una sociedad de gente mal educada que se puso de acuerdo para “hacerle vías al hecho”, el muchacho no ha recibido sino aplausos.

Por indicación del comisario Obligado y del poeta Lamberti, el respetable tío llevó al salón del Ateneo el último cuadro de Gaetano: una telita de apenas dos metros que no digo que sea una obra de arte, pero que es el esfuerzo de un pintor crio-

llo que merece ser alentado y no debió ser tratado de la manera que lo fué.

El cuadro es una escena campestre y al propio tiempo un recuerdo de cariño que el pintor consagra a su tío, que lo ha ayudado en la áspera senda de la vida.

Se trata de una llanura verde, tapizada con un pasto grueso y rígido que parece espartillo; en un rincón hay un montón de árboles caprichosos de los cuales uno tiene un nido con cuatro huevitos y al borde dos pájaros que parecen horneros; en el otro rincón hay un arroyo cristalino en el cual navega un barquito, aparentemente más ancho que el arroyo, pero que no hace nada al conjunto porque es un accesorio; detrás del barco se ven unas montañas negras y amarillas, y más atrás un volcán en ignición, y en lontananza un cóndor con las alas desplegadas, símbolo del genio americano.

En el primer plano, el venerable tío del pintor, mi amigo Pignatelli, corre con una red en la mano detrás de una enorme mariposa que trata de esconderse entre los árboles. Como el cazador no podía ser pintado de espaldas, pues difícilmente se hubiera reconocido en esa posición al tío querido, éste da vuelta la cabeza precisamente en el momento en que, estando con la red levantada, podía suponerse que iba a cazar la mariposa.

Este chasco que se lleva uno es de un efecto sorprendente y maravilloso.

La figura de Pignatelli, como retrato, es de una ejecución bastante notable y sería perfecta si no fuera una aparente desproporción entre el cuerpo y

la cabeza que, a la verdad, ha sido exagerada en su tamaño. Sin embargo, este pequeño lunar, que no es difícil de corregir ya sea agrandando el cuerpo o disminuyendo la cabeza, es disculpable si se tiene en cuenta el inmenso cariño del pintor por su tío y protector.

En obras de arte hay siempre que tomar en cuenta la pasión del artista, su carácter, las tendencias de su espíritu y hasta su temperamento, para poderlas juzgar con conciencia.

Los ojos, según otras opiniones, están también un poco altos, habiendo sobre todo uno —que en el original tiene una pequeña verruga en el párpado— que casi se ha metido entre el pelo.

Esta observación, así como otra maligna que se refiere a los pantalones que en el cuadro aparecen perfectamente prendidos, cosa que en realidad no siempre le ocurre a Pignatelli, no pueden llamarse fundamentales y no creo que la comisión del Ateneo las haya hecho con una sola mirada.

Sin embargo, el cuadro ha sido rechazado sin compasión y metido entre un montón calificado de “adefesios”.

¿Comprende usted ahora la rabia del tío carbonero —que a mucha honra lo tiene, porque el trabajo no es una vergüenza— y del sobrino pintor?

Pues como ellos, le garantizo, están casi todos mis amigos que han sido heridos por las sentencias fulminantes de la directiva del Ateneo.

Ya me encargaré yo de describirle a usted algunos otros cuadros rechazados, y así los lectores de *La Mañana* podrán formarse una idea de lo que

es la justicia de esa comisión y los pobres artistas podrán consolarse con un bombito rural de su desventura metropolitana.

* * *

Se instala todas las tardes frente a la Bolsa de Comercio un tipo original que llama la atención por el medio que ha descubierto para ganarse la vida, que no deja de ser un verdadero fenómeno.

Es un dinamarqués ex marinero, bajito, huesudo, blanco requemado y bastante sucio: se para en el borde de la vereda y con una voz chillona exclama cada dos minutos:

—¡Caballeros y señores!... ¡Aquí está el prodigio de la lengua agujereada por los dientes de un caimán a orillas del lago Maracaibo! ¡Vengan a verlo! ¡No vale nada!

Y, cuando hay una rueda de mirones, el hombre abre la boca, saca la lengua y tomando un lápiz Fábber lo introduce en ella hasta la mitad.

Luego, tomando el lápiz por las dos puntas, comienza a tirar de él y a extraer la lengua que sale de la boca en la extensión de una cuarta.

¡El espectáculo es horripilante!

No obstante, como en nuestras calles hay gente para todo, los centavos llenan pronto el bolsillo del pobre diablo callejero.

Uno de nuestros más famosos poetas de oficio, aunque no de nacimiento, me decía el otro día con ese motivo, que “ese ser era más dichoso que nos-

otros porque tenía en la lengua un pequeño Banco de estado”.

¡Y miraba con ojos codiciosos el bolsillo repleto del marinero de la lengua agujereada por el colmillo de un caimán caribe!

* * *

Las víctimas del terremoto de San Juan y La Rioja están de parabienes: Guido Spano y Mansilla han regalado, para aliviar su desgracia, cada uno una edición de un libro suyo.

—Váia —decía un sanjuanino irrespetuoso—, ¡si creerán estos puétas que aiá las gentes son lauchas o polías!

La verdad es que el donativo de estos escritores meritorios es más propio para los ratones y las polillas que para los hombres.

Lo saluda,

Nemesio Machuca.

LO SIGUEN LOS CIMARRONES

Allá, por mediados de este siglo, todavía era la frase con que encabezamos estas líneas simbólica de una catástrofe sangrienta, y sonaba en los oídos del hombre de la llanura como anuncio de un drama salvaje de nuestra pampa solitaria.

Como para el estanciero sedentario el alarido del indio que maloqueaba quería decir muerte y pillaje, así para el viajero que cruzaba nuestros llanos aquella frase concisa tenía un significado fatídico y sombrío.

¿Lo siguen los cimarrones?

Ya parecía ver sobre la pampa verde y llana donde la vista no encuentra una eminencia y donde se sabe que en muchas docenas de leguas a la redonda no se encontrará otro hombre sino por casualidad, un jinete que pronto será osamenta juntamente con el caballo que lo transporta y que, jadeante, comprendiendo tal vez el peligro en que

se encuentra, quiere sacar fuerzas de flaqueza y retardar el momento de sentir sobre sus flancos el diente agudo de la jauría silenciosa que lo rodea y que lo sigue desde muchas leguas, sabiendo por secreto instinto que esa masa que se mueve aún no tardará en caer para saciar la voracidad de la manada.

Los lobos de la pampa —los perros cimarrones como les llamaba el gaucho— con su pelo rojizo y su aullido feroz, parecen brotar de la llanura, y más se reúnen y más se apiñan cuanto mayor es el cansancio de la cabalgadura y mayor la angustia del jinete, que no tardará en verse a pie y sin más recurso que confiar su vida al filo del cuchillo, haciéndose esta reflexión estúpida, pero que, dadas las circunstancias, no deja de ser consoladora:

—¡Moriré matando!

* * *

Esta situación dolorosa del jinete acosado por los cimarrones era hasta hace poco la del gobernador Oseas Guñazú, allá en su provincia de Mendoza.

La Unión Cívica, sabiendo por instinto que se encontraba frente a uno que, con el caballo cansado, cruzaba el desierto solitario, se puso sobre la huella.

¡Ay de él, al menor tropézón!
¡Y allá van sobre la pampa perseguidores y per-

seguido, empeñados en un combate que bien pudiera costarle caro a aquel más débil!

* * *

La prensa de Buenos Aires —los lobos aulladores— gritaba en todos los tonos:

“Guiñazú ha sido juarizta”, “Guiñazú es despreciable”, “a Guiñazú no lo deben comer ni los cuervos cuando caiga”, pero esto era mientras perdían la esperanza de alcanzarlo.

Más tarde hubo un momento en que el pobre gobernador asendereado detuvo su cabalgadura un breve instante, en realidad para darle resuello, pero con todos los aires de ser ya su paso postremo en el camino de la vida.

Los cimarrones se acercaron feroces más que nunca, mientras sus voceros clamaban: “¡ahí está Guiñazú el de carne sabrosa y nutritiva!” “¡Ya cayó el buen bocado apetitoso!”

Y se precipitaron sobre él, famélicos: iban a darle un abrazo, después del cual no quedarían ni los huesos para referir el cuento.

El jinete desgraciado castigó de nuevo, tomó distancia y poco a poco volvió la esperanza a su ánimo decaído...

Allá, a lo lejos, hacia la derecha, percibieron sus ojos angustiados el humilde rancho de un llanero, que cobró a sus ojos proporciones de fortaleza inexpugnable.

Había escapado con vida debido sólo a su serenidad y a su destreza.

* * *

Los lobos, en derrota, volvieron a sus madrigueras ignoradas para emprender de nuevo sus correrías por la pampa en busca de viajeros en desgracia, y allí oyeron a los voceros que clamaban: “Guiñazú no ha caído, pero caerá, es necesario seguirlo”.

¡Y han vuelto a las andadas!

* * *

Dos cívicos experimentados en achaques de política, dos ángeles tentadores —Mariano Demaría, como quien dice Alem chico, y el coronel Dantas, hombre que en la Unión Cívica desempeña las funciones de la varita de hierro que encierran los bastones de nervio y que sirve para darles consistencia y rigidez— han sido destacados cerca de Guiñazú, a quien es preciso hacerle abandonar el rumbo que ha tomado.

Alem ha elegido con cuidado sus enviados: Guiñazú es un ente despreciable... ¡en cualquier mesa que no sea de la Unión Cívica!

Y trabajan hasta reventar por apoderarse de él, lo ven con el caballo cansado y lo siguen esperanzados, diciéndose con fruición:

—¡Ha de caer el matrero... ha de caer!

* * *

Y allá van con destino a Mendoza, tragando tierra en el ferrocarril, renegando del calor, mal-

diciendo los viajes y sus incomodidades, los dos hombres que se complementan.

Mariano Demaría, lenguaraz sabio, hombre correcto, porteño paquete que se pone chambergo para salir a dos cuadras de la calle de la Florida, y el coronel Dantas, hombre de acción, mozo de pocas palabras, que camina contoneándose como si llevara culero y facón de media vara y abriendo las piernas como para evitar los pinchazos de la rodaja de férrea y sonadora *nazarena*.

Alguien que los vió salir de la estación central, dijo:

—¿A dónde irán Juan Moreira y el napolitano de *la parada*?

* * *

Llegan a Mendoza: van con carta blanca de Leandro Alem, con encargo de reducir a la religión al veleta Guiñazú, que no se asusta de los lobos a dos tirones, ni se deja tironear por asustados.

Cambia en el hotel el enviado Demaría su chambergo de viaje por la lustrosa galera de las conferencias diplomáticas y, unido a Dantas y palanqueado por algunos anónimos que se consumen en la contemplación del Tupungato en la esperanza de ver brotar en él algunos diplomas de diputado y senadores con la intención de ser los primeros en manotearlos, emprende el camino de la casa de Guiñazú, prevenido ya de su visita.

La misión es sencilla: habiendo oído decir que

Guiñazú ha evolucionado a instigación de algunas deudas bancarias —y creyéndolo cierto— debe ofrecerle dinero para que zanje sus dificultades y vuelva sobre sus pasos.

Demaría no sabe cómo plantear la cuestión; no encuentra una fórmula correcta y tiene ganas de echarse atrás, pero ahí está Dantas, que no entiende de chicas y que precisamente ha sido enviado para infundirle valor, que exclama con voz que tiene algo del ruido que produce un fuelle agujereado:

—Déjate cair no más, que aquí estoy yo... ya sabés que yo hago la pata ancha adonde quiera!... ¡En cuanto mosquee... le cantás claro!

Demaría, que jamás habla sin darle una recorrida al diccionario y poner su pensamiento en la Academia, perdona esta vez la incorrección y dice:

—No... Es necesario ser prudente... La prudencia es la madre del éxito.

—¡Bueno, bueno!... Déjate de filosofía y no te vayas a abatatar.

Y tras “la pareja de importantes de Buenos Aires”, iban por esas veredas, aquí caigo y aquí levanto, los que esperan venir al Congreso a permanecer mudos, comiéndose una dieta sin preocupaciones ni pesares.

* * *

Don Oseas los recibió con sus sonrisas amables de hombre a quien no le asustan los “doctores de la capital”.

Demaría comenzó por trazar un cuadro fatídico de la situación de la república, demostró lo bien que se encontraba Alem de salud, insinuando que la presidencia del Parque había sido para él una panacea, a pesar de no haber sido larga, y concluyó afirmando que, la Unión Cívica tenía mucha plata... tanta que ya ni sabía qué hacer con ella.

Don Oseas lo miraba fijo como diciendo: "hombre, tráigamela para guardarla, si ustedes no tienen dónde".

Y las cosas no pasaban de ahí: Demaría estaba morado.

Dantas no pudo contenerse y exclamó mirando a Demaría:

—¡Mire que sos maula!... ¡Bien dice Liandro!... ¡Atropeyalo que estamos entre hombres solos!...

¡Pero... ni por esas! ¡Ahí han vuelto los emisarios como fueron!

* * *

Y entretanto... sigue don Oseas con su caballo cansado, mientras los lobos lo miran con ojos de hambre, sin animarse a atropellarlo y aullando que no lo comerían ni aunque lo hallaran en el suelo...

¡Bienaventurados los que creen, porque ellos serán dichosos!

STICK.

TRADICIONES ARGENTINAS

Fundación de Gualeguaychú

Cae bajo los puntos de mi pluma —hechos más para relatos de crónicas y noticias que para filigranas literarias— el nombre de aquel *Gualeguaychú*, pueblo de Entre Ríos, donde nacieron poetas de alto vuelo como Andrade y cantores de amor —dulces y apasionados— como Gervasio Méndez.

Revisando papeles viejos y hojeando mamotreos me encuentro nada menos por ahí que con el origen de su fundación, y como es curioso y nada conocido no me tiembla la mano para informar de él a aquellos que me leen de continuo.

* * *

Allá por los comienzos del año de 1600 un rico

estanciero, entre español y criollo —don Gonzalo Pérez de la Viña— corría por los campos de Entre Ríos, desiertos ya de indios, pues que todos, peleando de bosque en bosque y de cuchilla en cuchilla, habían muerto sin rendirse, en busca, según parece, de una mujer que era para su vida un horizonte, y que como por magia había desaparecido de su lado.

Eran costumbres de la época estas desapariciones misteriosas; pero nadie se conformaba a aquella moda.

A los diablos se daría don Gonzalo, según me parece, y el estado de su ánimo hacía lo galopar desde el Guayquiraró al Ibicuy, sin notar que las leguas volaban bajo el casco de su caballo.

En una de sus excursiones llegó el amante desesperado a cierto paraje desconocido que le encantó con su belleza.

* * *

Tras unas cuchillas suaves y de recorte caprichoso, garapiñadas de bosques espesos formados, no tanto de plantas ricas en maderas cuanto lo eran en colores y perfumes, alcanzó las orillas de un arroyo que era todo una pintura.

Hallábase allí el hombre, mirando por donde seguiría y arrobado en la contemplación de la naturaleza, cuando en hora malhadada antojósele cruzar el riacho para alcanzar la costa del Guale-

guay, que según los rumbos que él traía, no debía distar mucho hacia el poniente.

Hombre de resolución, echó pie a tierra, dobló los cojinillos, aligeróse de ropas y, volviendo a cabalgar, penetró al riacho no **tardando en perder pie**.

Nadando con bravura y a fuerza de trabajo tocó al fin don Gonzalo la otra orilla; pero en mala hora.

Un toro cerril, que rezagado en la aguada pasaba a pocos pasos y no estaba habituado a vista de jinetes ni peatones, cuadróse bravamente, batióse el flanco con la cola en ademán nervioso, escarbó el suelo con la pezuña, y de en medio del remolino que formara, embistió hacia don Gonzalo, que sin tiempo para más, abandonó su corcel y corrió a pie, seguido muy de cerca por el toro embravecido.

El momento fué terrible: caras más y el toro lo alcanzaba.

El pobre perseguido, recordando que un hombre echado a muerto era siempre respetado del asta penetrante, tiróse de bruces en una depresión del terreno donde, aquí y allí, brotaban pajas y junquillos.

Llegó el toro, dió un bufido, escarbó el suelo, movió su cola con bravura y ya se disponía a reeditar su mímica espantosa, cuando el hombre ve avanzar por sobre su cabeza la achatada y reluciente de una víbora terrible: el *ñacaniná* —la ví-

bora celeste, hoy casi desaparecida— cuyo veneno es fama que “mata a quien alcanza”, según el dicho minuán.

Entre Scylla y Caribdis estaba don Gonzalo: levantarse era caer en las astas de su enemigo, dejarse estar era correr un albur de no levantarse más.

Optó por lo segundo, pero, hombre religioso, juró, si se levantaba y escapaba con vida, elevar allí, en el lugar del peligro, una capilla a San José, el patrono de su casa y de los suyos.

Baja el toro la testuz, acerca su cabeza al enemigo y huele con fruición su cuerpo, pero la levanta con presteza, pues allí donde cree no encontrar peligro alguno se oculta una punzada que lo embravece: la víbora ha clavado en su nariz el colmillo agudo y venenoso.

Repuesto el toro, embiste nuevamente y otra nueva punzada lo obliga a retroceder... ¡Luego bambolea y cae jadeante!

Don Gonzalo, no bien lo ve vacilar, salta de su escondite y no tarda en recobrar su corcel, y jinete en él viene a contemplar a su enemigo muerto y más allá a su salvadora, que enroscada a una rama busca los últimos rayos del sol poniente para hacer lucir su armadura brillante y deslumbradora.

* * *

Años más tarde don Gregorio Pérez de la Viña cumple su promesa, y es alrededor de su capilla que el capitán Rocamora funda, en el siglo siguiente, a San José de Gualaguaychú.

RAMON ROMERO

Con placer publicamos en seguida un artículo de *Fray Mocho*, que vuelve a sus tareas periodísticas después de una corta ausencia.

En él esboza Alvarez el carácter y cualidades del malogrado Ramón Romero, el conocido repórter con quien fundó aquel *Fray Gerundio*, el diario de combate que con su nota alegre a la vez que punzante llevó un poderoso contingente al partido nacional en la lucha pasada.

Nadie conocía a Romero como *Fray Mocho*, su compañero en la redacción de *Fray Gerundio* y en diversas ocasiones en gran número de diarios cuyas columnas ambos alimentaron durante mucho tiempo. Nadie como él ha seguido de cerca las alternativas de esta vida modesta, pero fecunda, de ese tipo acabado de cronista porteño, ejemplo de laboriosidad infatigable.

He aquí el artículo de Fray Mocho:

La muerte es ciega y estúpida; estoy tan seguro de ello, como de que a mí no me ha de perdonar y el día menos pensado ha de hacer con mis huesos algún bochinche.

Si no estuviera tan convencido de ello como lo estoy, me convencería su última hazaña: el hecho de haber elegido tan luego como víctima a Ramón Romero, habiendo tanto imbécil, tanto idiota inservible por ahí.

¿A qué llevarse un pobre muchacho anheloso, trabajador, honrado, único sostén de una familia honorable y digna, dotado de una maravillosa facultad de observación y de una bondad tan pura como inagotable?

¿Para qué esperar a que un hombre eche el alma en esa ruda batalla de la vida, se conquiste un puesto entre su generación con su esfuerzo propio, y recién cuando el pobre individuo ha entrado en el camino llano y fácil, voltearlo sin conmiseración de un zarpazo, arrancándole a aquello en que se condensa toda la labor de una vida?

¿Por qué no fué volteado antes? ¿Por qué no acudió la muerte cuando se la llamaba al comenzar el camino, en aquellas horas negras en que uno con las manos destrozadas, los pies sangrando y el estómago vacío, veía el inmenso desfile de los satisfechos, de los privilegiados que nacen con billetes de banco entre los dedos y que se perdían a lo lejos cantando himnos a la holgazanería y al placer?

¿Por qué no acudió a uno cuando gemía ama-

irado al poste de la miseria, cuando era convidado de piedra en el banquete de la vida?

La muerte es ciega y es estúpida; ¡para mí es indiscutible!

* * *

¿Cuándo lo conocí?

Ya ni me acuerdo: debe haber sido allá por 1880 cuando comenzamos con Niño y Varas aquella lucha del Centro de Cronistas contra la situación precaria en que se hallaba el gremio.

Don Juan Gutiérrez vió en tal sociedad un motivo de alarma y nos fulminó: no quería en *La Patria Argentina* gentes comprometidas en centros, y le tenía miedo a *La Nación*, que comenzaba a levantarse y cuyo único cronista (Niño) era el caudillo de todos, debido a su bondad de carácter, su generosidad y su talento.

Entonces apareció Romero y *Don Juan* lo hizo su factótum. El pobre Ramón se ganó su confianza a fuerza de paciencia; le oía sus discursos pronunciados con voz de bajo profundo, en que nos llamaba *sueldistas*, *traga-pesos* y otras lindezas y, siempre machacando, hacía que cuando uno de nosotros dejaba el puesto lo calzara otro de la liga.

¡Y así nos protegíamos en la buena como en la mala fortuna!

Esta lucha nos estrechó mucho, nos hizo intimar y, verdaderos piratas de la vida, no tuvimos partido ni religión: para nosotros no había más que

noticias y por conseguirlas éramos capaces de traicionar al demonio.

¡Y la vida corrió!

Nuestro trabajo tuvo recompensa: dejamos de congregarnos en la *Croce di Malta* y en *Volta*, cafetines de la calle cortada del Mercado del Plata, para reunirnos en la *Rotisserie Charpentier*: ya habíamos trepado unos cuantos peldaños.

Muchos nos casamos, nos hicimos hombres de orden y otros rodaron a esos abismos sociales, donde uno no se rompe el bautismo pero se idiotiza: Romero se quedó soltero y firme en la brecha.

Yo solía hablarle del matrimonio, animándolo, y mi mujercita —presente a nuestras conferencias— trataba también de convencerlo “que era tiempo ya de que hiciera un hogar”.

—¿Yo...? ¡No, no, ni me hablen!... Le tengo horror a la miseria solo; ¿qué no será acompañado?

—Pero, ¿no nos ve a nosotros?

—¡Ustedes!... ¡Donde uno se rompe el pescuezo se lo puede romper otro!

Y de ahí no salía: era un célibe recalcitrante.

Y luego qué fino y acendrado amor a su familia, a su vieja sobre todo: ella era su única debilidad y lo único de que hablaba con seriedad y respeto.



Un día se puso a escribir lo que había visto y oído al través de la vida: produjo *Los Amores de Giacumina*.

En ese libro no habrá giros preciosos, frases llenas de armonía, trozos literarios, pero huele a pueblo, a verdad, a vida y por eso el pueblo lo acogió con aplausos a pesar de los juicios olímpicos de críticos y literatos, atorados de pretensiones y de pensamientos robados.

¡Yo he sido su compañero en una mesa de redacción y sé de lo que era capaz el pobre amigo con una pluma en la mano!

Para mi opinión, Romero era un elemento impagable para un diario: un verdadero repórter, una plancha de cera capaz de moldear la más fina obra de arte, como la más grosera imitación.

* * *

Pocos días ha estuvo a verme y encontrándome mal de salud me decía, estirando sus brazos y sus piernas:

—Tú me ves fuerte, vigoroso... es el régimen... ¡tú no te cuidas!

—¿Cuidarme?... ¿Para qué?

—¡Para no *espichar* sin pelearla, hombre!

¡Pobre Ramón, no creía que la muerte traidora se le anidaba en el pulmón!

Y yo lo veía, fuerte y lozano, lleno de esperanzas y de ilusiones: ¡hoy lo recuerdo y me parece haber visto flores sobre un sepulcro!

—¡Qué va a pelear uno cuando le pegan de atrás!... diría el pobre si se hallara en mi lugar en estos momentos y conmigo repetiría que la muerte es evidentemente ciega y estúpida!

EL CLAC DE SARMIENTO

Recuerdos de Entre Ríos

Era en 1874, creo que en mayo.

Unos cuantos muchachos que estábamos encerrados entre las cuatro paredes de aquel legendario colegio del Uruguay —que tantas glorias ha dado a la política, a la ciencia y a las letras argentinas—, supimos con gran alborozo, una mañana, que ese día no había clase.

¿No haber clase? ¿Recuerdan los lectores lo que es esta noticia para un colegial?

La muerte de un emperador, un crac en la bolsa, los amores de un papa... nada iguala en importancia: ¡todo es pequeño no más ante ello!

Enterada la clase de la fausta noticia, vinimos a saber que se festejaba la llegada al pueblo —¡nada menos que a la Concepción del Uruguay!— del excelentísimo señor Presidente de la República, doctor don Domingo Faustino Sarmiento, persona-

je cuyo nombre y significado eran para muchos de nosotros —*payucases* que nos estábamos limando y puliendo en aquel taller donde tantos, entrados en nuestras mismas condiciones, habían salido transformados en gallos— perfectos y totalmente desconocidos.

¿Acaso nosotros nos ocupábamos del Presidente, de sus ministros, ni de nadie que no fuera relacionado con las cuatro paredes que nos encerraban, privándonos de libertad que era nuestro anhelo? Demasiado teníamos que hacer con los titeos a los profesores, los robos de comestibles al vecindario, las peleas caseras sobre si Mario tenía más valor que Sila o sobre si Yugurta tenía una o dos verrugas en la nariz, para ir a ocuparnos todavía de presidentes y gobernadores, de la política y de gente que no era colegial! ¡Porque para nosotros no ser colegial, era algo así como ser microorganismo insignificante.

Nuestros caudillos, los que nos apasionaban, eran hombres de la historia griega y romana, caballeros de la edad media, los convencionales del 93, y, finalmente, Napoleón, a quien le conocíamos la vida y milagros, llegando hasta inventarle frases ampulosas, de corte ciceroniano.

Los hombres de la vida contemporánea no existían para nosotros y menos existían los del país. ¿Quién se iba a ocupar de ellos si no eran colegiales?

El rector, conociendo su gente, nos reunió en el patio y nos proclamó, queriendo infiltrarnos un poco del entusiasmo que a él lo dominaba: no era

para menos; tenía un miedo bárbaro de que lo destituyeran, como después ocurrió. A nosotros, del discurso, no nos quedó sino esto: que habría salida después que el encumbrado personaje nos visitara.

A la una de la tarde sonó la campana, tocada por Vizcacha, el portero legendario, y todos corrimos a formar en la galería. Allí estábamos graves, atentos, esperando la visita. De repente se abre la puerta de hierro, maciza y pesada, y aparece el encumbrado personaje seguido de una multitud de pecheras blancas y de caballeros engalonados. Sarmiento, con su aire petulante que a la legua lo denunciaba, comenzó a mirarnos y a revistarnos con ojos de persona entendida. Le tomamos olor a maestro de escuela, instintivamente. Tenía un clac en la mano, prenda que ninguno de nosotros conocía: eso, recuerdo, fué lo único que nos llamó la atención en el Presidente de la República.

Una frase comenzó a correr en las filas.

—¡Mirá che... qué sombrero! ¿Dónde se pondrá la cabeza?—

Ya los ojos se me llevaban la curiosidad, tal era aquella prenda de rara y de una forma no soñada. El señor Presidente, con su aire de suficiencia, nos examinaba y miraba al rector, que, sabiéndose sordo —cosa que ignorábamos— se veía en aprietos para hablarle sin ofender su susceptibilidad; de repente un indiscreto rayo de sol vino a quemar aquel cráneo presidencial, pelado como una piedra. El personaje tocó el resorte de su sombrero y, éste, al armarse, satisfizo nuestra curiosidad y nos arrancó una carcajada homérica, y tras ella

otra y otra. Aquello era tremendo: el rector estaba pálido. Sarmiento, indignado, nos dirigió una alocución en que nos dijo que éramos unos bárbaros dignos hijos de una provincia que degollaba a sus gobernantes y donde los hombres buscaban la razón en el filo de sus dagas; ¡que más que estudiantes parecíamos indios!

Alguien ensayó una silba: fué la señal.

El Presidente y su comitiva traspusieron la pesada puerta en medio de una rechifla sin igual, que horas más tarde —durante la manifestación que el gobernador Echagüe y su ministro Febre le habían cuidadosamente preparado— se repitió, habiéndonos mezclado nosotros a la manifestación.

¡El rector por poco no lloraba!

Pasaron los días, y algunos diarios de Buenos Aires fueron al colegio. ¡Era de ver cómo nos pintaba, cómo nos ponía! Nos calificaba de “horda salvaje que obedecía al látigo del caudillo Jordán” y de “lobeznos que se alimentaban con sangre”. ¡Y esto era lo de menos!

Se atribuía un móvil político, a lo que era sólo producto de un clac presidencial; ¡lo cierto es que este hecho nos enseñó a saber, por experiencia cómo se escribe la historia!

EL Dr. ONESIMO LEGUIZAMON

Recuerdo póstumo

Tenía verdadero culto por la palabra y siempre que hablaba, aun en los casos más familiares, no perdía su voz aquel acento grave y sonoro que le era característico. Sus vastos conocimientos y su pureza en el decir hacían que siempre se le escuchara con gusto, cualquiera que fuese el tema que abordara, y jamás abordaba ninguno que no dominara por completo.

En las antesalas, como en medio del debate ardiente, la palabra del doctor Leguizamón pesaba siempre en el ánimo de sus oyentes de una manera decisiva y su argumentación era siempre razonada, novedosa y sólida.

No era ampuloso su lenguaje ni rebuscado, pero su frase era siempre galana y correcta, desprovista de locuciones y de giros vulgares, así como parca en figuras y metáforas.

Hablaba más para convencer que para deslumbrar.

¡Y de aquí que fuera un adversario temible y temido!

* * *

En la cámara ocupaba siempre la misma banca: la octava de la segunda fila de la derecha y cuando alguno de sus colegas tomaba inadvertidamente su asiento, prefería volverse a antecámara antes que ocupar otro.

Estaba en medio del grupo más bullanguero de la cámara, del elemento más joven y del que lleva la iniciativa en todas las escaramuzas parlamentarias; le placía oír las bromas que se cruzaban *sotto-voce* escuchar las observaciones espirituales que se hacían, ver reír a los que le rodeaban.

Y sin embargo, él permanecía siempre serio y grave, observando la alegría general, pero sin tomar parte en ella.

Era alegre y decididor, sin que jamás de su labio —a menos que fuera provocado— saliera la frase que molesta o incomoda.

Tenía un profundo conocimiento de los hombres, pero era muy reservado en sus juicios: espontáneo para aplaudir y refractario al reproche.

* * *

Su rostro severo, poco pródigo en sonrisas; su aire reposado y tranquilo que se reflejaba en su

palabra, y en su modo, no eran atrayentes e imponían respeto.

Sus condiscípulos del colegio del Uruguay, afirman que desde niño fué siempre igual.

En el colegio, como en la vida pública, no lo rodeaban las simpatías efímeras que se atraen siempre los espíritus movedizos, osados y turbulentos; pero era el consejero de todos en las situaciones difíciles.

Por él tenían todos, no el cariño que se profesa al compañero de tunas y jaleo, sino el respetuoso que se profesa al jefe.

En las controversias de clase suscitadas por la interpretación de los textos, en las interminables discusiones que se salían del límite vulgar de desavenencias, era Leguizamón el juez y su decisión tenía casi siempre fuerza de sentencia.

El general Urquiza decía siempre que se ocupaba de él:

—¡ Es diablo... eh!... es diablo... y tiene calzones!... ¡ Ha de ser un entrerriano!

¡ Y cuidado que el general Urquiza era hombre que sabía conocer a sus semejantes!

* * *

Su carácter quizás un poco adusto con los fuertes, era sin embargo, dulce y afable con los débiles.

De esto tengo una prueba personal que ofrecer.

Por causas que no hacen al caso, me había venido yo de mi provincia allá por 1876, trayendo

por único capital unos diez pesos de la antigua moneda y muchos deseos de no morirme de hambre y escapar con mi pellejo entero de ciertas aventuras en que me había metido: tenía unos 17 años de edad.

Días negros pasaba en ese entonces y no quisiera ni recordarlos: algo como miedo me da cuando los evoco.

Una tarde me había detenido frente a la Universidad a ver unos trabajadores que construían el kiosco para venta de flores, que durante algunos años funcionó en la plazoleta del Mercado Viejo. y de repente vi salir a los estudiantes de la Facultad de Ingeniería, alegres y gozosos, como yo en los tiempos buenos del colegio del Uruguay que no estaban lejanos aún.

¡Y me acordé de mis compañeros que también a esa hora saldrían de clase y lamenté no estar con ellos!

Eché a andar y no sé cómo me vino la idea de que había un ministro de Instrucción Pública en la nación y de que podía ayudarme a recomenzar mi camino interrumpido.

Fuí a un almacén, pedí una guía y encontré las señas siguientes:

Dr. O. Leguizamón — Ministro de J. C. e I. Pública — Perú 111.

¿Leguizamón?... ¡Jamás lo había oído nombrar! Sin embargo, me dirigí a su domicilio, sobre tablas, como para no arrepentirme.

Cuando hice sonar la campanilla, el corazón me

latía como en vísperas de un acontecimiento decisivo.

Me introdujeron en un salón que me pareció obscuro y en una de cuyas extremidades había un escritorio atestado de papeles y sentado tras él un señor serio, grave, con cara que me pareció de mal agüero para mis pretensiones: se me hizo un nudo en la garganta.

—¿Qué se le ofrecía, mi amigo?

—¿El doctor Leguizamón?...

—Yo soy... siéntese.

Me pareció que el hombre no era lo que su aspecto decía y comencé a serenarme.

—Señor... yo soy entrerriano y...

—¿Conque usted es de la tierra? ¿Y cómo se llama? ¿De dónde es?

Estas preguntas me serenaron del todo y las satisfice, agregando que deseaba estudiar y que no tenía cómo hacerlo y pidiéndole me diese una beca para cualquier colegio de la República donde yo no tuviese que gastar y pudiera instruirme.

—¿El gobierno de allá suprimió las becas, no?

—¡Sí, señor!...

—En cambio ha aumentado las plazas del Guardia Provincial... ¿Quiere ser profesor? Lo mandaré a la normal del Paraná...

—Como usted guste, señor... pero yo no tengo...

—¡Ya tendrá... Véame mañana en el ministerio!

Y me despedí: el corazón me saltaba en el pecho, pero esta vez era de placer.

Al otro día concurrí a su cita y me entregó un sobre, en el cual estaban la concesión de mi beca. tres meses de sueldo adelantado y un pasaje en regla al Paraná y otro de ida y vuelta a mi pueblo, para que visitara a mis padres.

—Señor, le dije conmovido, perdone que sin una recomendación haya...

—¡Mire, la mejor que ha traído es el paso que ha dado!

—Bueno, señor... cualquier día... mi gratitud...

No sabía qué decir: la emoción me embargaba.

—¡Bueno, adiós, paisano!... ¡Hágase un hombre útil!

Y me estrechó la mano, franca y cordialmente.

Después supe que la beca que me había dado tenía nada menos que doce solicitantes, entre los cuales había recomendados de los primeros hombres del país.

* * *

Anoche lo he visto rígido y frío en su ataúd, destacándose su fisonomía noble sobre el blanco cojín de seda, sin la menor alteración, viva, y con aquella dulce placidez que siempre la animó.

¡Así mueren los justos y los buenos!

EL CORONEL AURELIANO CUENCA

Recuerdo

No he de ser yo solo, indudablemente, el que en Buenos Aires lamenta su muerte.

Han de estar conmigo, fuera de su familia y de sus íntimos, toda esa turba de desconocidos a quienes diariamente colmaba de servicios que jamás pesaba, esa multitud que en horas de tribulación buscaba su palabra agrupándose diariamente en los pasillos del Departamento, esa nube de desgraciados —mendigos con orgullo— a los cuales socorría en secreto, evitándoles el rubor que pudiera causarles una confesión humillante.

Han de estar conmigo todos esos veteranos de la policía, cuyos largos y buenos servicios no les habían dado antes más fruto que la miseria para sus familias, y para ellos la satisfacción del deber cumplido; esos pobres empleados con méritos, que

permanecían arrumbados porque carecían de personas de valer que los sacaran de la penumbra y que, sin embargo, veían que con los laureles que ellos conquistaban otros se tejían coronas y guirnaldas.

Han de estar conmigo todos los que aman la rectitud del carácter, la nobleza, la altura moral y esa bondad permanente e inalterable que era el rasgo distintivo del malogrado amigo.

Esos, todos esos, han de llorar con la viuda y con sus hijos sobre la tumba injusta y prematuramente abierta.



Era el coronel Cuenca un hombre de estatura algo más que mediana, ancho de espaldas, de musculatura recia y pronunciada: revelaba la fuerza en todos sus movimientos, así como la seguridad y el aplomo que sólo en ella se originan.

Su mirada era dulce por lo general, pero se hacía centelleante cuando se trataba de algo que lo apasionara. Era tranquilo, pero de sentimientos ardientes. En su rostro, sereno y apacible, se dibujaba constantemente una sonrisa franca y buena que predisponía en su favor y le obligaba a uno confiarse a él con toda seguridad.

Era esta sonrisa la que hacía que lo buscaran todos los desgraciados, todos los aspirantes, todos los necesitados.

Y él, ¡cómo se prodigaba, con qué placer servía a las gentes!... Eso se le reflejaba en los ojos a cada instante.

Por la música y por las flores tenía frenesí, como lo tenía por enjugar lágrimas.

Y son testigo de ello todas las mujeres que lo asediaban pidiéndole sus hijos, sus maridos, sus padres... Le era violento tener que desoír sus sentimientos para escuchar su deber.

* * *

Siendo comisario, aprehendí una vez un pillastre que había hecho una ratería, y fuí al despacho a darle cuenta.

En ello estaba, cuando entró a hablar con él una viejita octogenaria, arrebujaada en un chal y sosteniéndose en un bastón.

—Señor —exclamó llorando—, me han quitado mi nieto... el único que me mantiene, mi consuelo...

—¿Quién se lo ha quitado, señora?

—La policía, señor, la policía, y vengo a pedirle que lo perdone... a pedirle de rodillas.

Y la viejecita lloraba y le tomaba las manos.

—Está bien, señora, veremos.

—El señor es quien lo ha tomado, señor, dígame que me lo *largue* — y me señalaba a mí, que permanecía de pie.

—¿Es cierto, comisario?

—Sí señor... Es el joven de quien le hablé.

—Bueno... póngalo en libertad.

—Pero señor, mire que es...

—¿Y no ve cómo llora la pobre viejita ¿Usted no tiene alma?

—Sí, señor, pero...

—Póngalo en libertad!... — y se dió media vuelta murmurando—: ¡no puedo ver llorar, no puedo!

Luego, para hacerse el bravo, el malo, llamó al sargento de guardia y le ordenó acompañara a la *viejita* hasta el *tramway*.

* * *

¡Pobre Coronel! Su muerte la llorará, con sinceridad, todo Buenos Aires!

¡Su ternura infinita, su bondad, se echarán de menos durante mucho tiempo por todos aquellos que contra al adversidad no tenían más escudo que su mano generosa!

TRAPOS VIEJOS

Un repórter juzgando a otro

(Un espiritual repórter —el autor de las interesantes "Esmeraldas"— nos remite el siguiente artículo juzgando el nuevo libro de Pablo della Costa.

¿Habrá leído el "Mocho" el libro que juzga? —Lo dudamos...

El Mocho es un viejo mistificador. Empleado en un diario de la mañana y obligado a traducir francés cuando lo ignoraba, veíase obligado a fabricar sendas columnas imitando los artículos de Catulle Mendes, que leía asiduamente en las traducciones españolas.

Su juicio será, no lo dudamos, un curioso fenómeno de adivinación).

I

Ya lo tenemos en la brecha a Pablo della Costa, el más feo de todos los repórters y el más simpático de todos los repórters feos, armado con un volumen de 300 páginas de su cosecha, y dispuesto

a abrirse paso con él por entre el público indiferente, aun cuando para ello tenga que sudar la gota gorda o volver a enfermarse de viruelas.

Della Costa ha de triunfar, porque es hombre de coraje y ha cruzado y visto unos tiempos que ni en la costa Sur los hay iguales.

Lo que es yo no le arriendo las ganancias al público indiferente que se meta en lucha con el autor de *Trapos Viejos*, porque como dice la milonga: “Quizás lo haga conocer a uno que no ha conocido”, y luego le ha de hacer leer a la fuerza el libro, porque éste tiene interés, y en pescándose un ciudadano, aunque sea más indiferente que la pirámide de Mayo, lo agarra y se hace hojear y revisar línea por línea.

Y es inútil que el ciudadano proteste y diga que tiene que hacer y que seguirá después —no hay tú tía— tiene que leer aunque no quiera, porque los ojos se le van tras las páginas repletas de observaciones justas y originales, de dichos agudos, de pinturas que parecen realidades.

Yo ya sé de un ciudadano que ha tenido una pelotera con la señora, con motivo del tal librito. Lo recibió momentos antes de comer y se puso a hojearlo con indiferencia, creyendo que no hallaría novedades y que el tal volumen sería un fárrago de artículos de diario vendidos a tanto la línea, y siguió, sin fijarse que las horas pasaban y que la sirvienta le había dicho quince veces: “está en la mesa”.

Por fin, la señora, aburrida y fastidiada, se viene al escritorio, y encarándose al cónyuge, exclama:

—Pero, hombre... ¿Comemos o no?

—Delicioso, decía el buen ciudadano, delicioso... ¡Este sí que dió en la tecla!...

—Bueno... ¿vamos o no a comer? Te prevengo que tu modo de ser no me va gustando y que ya esto pasa de castaño oscuro.

—¡Muy bien!... ¡Concluyo aquí y soy contigo, mi bella!... No te aflijas...

Y como siguiera en la tarea de ocuparse del libro sin que llegara el momento de dejarlo, la señora tuvo que recurrir al supremo capítulo de los sínopes y a su continuación de las lagrimillas.

Aquí el pobre marido no pudo menos que hacer un esfuerzo de aquellos que transforman de golpe y zumbido en un héroe al ser menos predisuesto a ello, y dejando *Trapos Viejos* ir a representar un pequeño dramita del hogar, cuyo último acto fué la promesa —repetida ya quinientas veces— de “no ocuparse más de librajos, sino de su señora, que lo quiere y lo mima y en cuyos ojos ha de aprender más cosas que las que pudieran enseñarle todos los autores habidos y por haber”.

Y esta es el arma; el que la esgrime merece párrafo aparte.

II

Pablo della Costa es un verdadero veterano de nuestra prensa. y quizás el único de toda su generación que merezca ese título.

Comenzó su carrera periodística comiéndose la espesa miel de los cilindros, juntando las letras que volteaban los cajistas, lavando las formas impregnadas de tinta, etc., etc. Cuando tuvo la estatura suficiente para pararse al lado de un burro, aprendió a distribuir y a componer y echó el alma durante algunos años, llevando la vida miserable que llevan por lo general los operarios de imprenta, mal retribuidos y bien explotados.

Sin embargo, della Costa no era una botija vacía, tenía *algo* adentro y ese algo lo sacó de su mísera condición y lo hizo elevarse poco a poco en la escala periodística, ascendiendo desde noticiero a redactor, con todos los matices del oficio.

Observador finísimo, estudioso, trabajador y con un bagaje de ilustración digno de un príncipe, hace algún tiempo que viaja en las altas regiones de la prensa, donde día a día muestra sus grandes condiciones de hombre que ha cruzado la vida con la fuerza de sus piernas y no en brazos de un individuo de valimiento que le hubiera evitado las dificultades del camino.

Es maestro, pues, en la lucha por la vida; ha visto de cerca muchas cosas que otros conocen solamente de oídas, y de ahí el mérito de sus *Trapos Viejos* y la originalidad y verdad que de ellos emana.

Aliéntelo el público y especialmente sus amigos, comprándole su primer libro, y dentro de poco tendremos un verdadero escritor nacional.

Pablo della Costa es una esperanza para las letras y sería una lástima que las necesidades de la

vida diaria y el trabajo anónimo del diarista, malograran sus espléndidas facultades y mataran el germen de los libros que después de *Trapos Viejos* —que son sólo una promesa y una revelación— tenemos derecho a esperar.

BOCETOS PORTEÑOS

Matías Polancas

En el pueblo lo conocí siempre como un muchachón ignorante, enemigo del trabajo, al cual su padre le había sabido sacar el pan que comía y daba a su familia, e incapaz de obtenerlo tampoco con su ingenio.

Un buen día desapareció; se dijo que se había marchado a Buenos Aires y nadie se acordó más de que en el mundo existía un ser llamado Matías Polancas.

* * *

Pasaron unos meses y el carpintero don Antonio acompañado de sus hijos Pablo y Cipriano, de retorno de un viaje a la Capital, fueron los primeros que hicieron hablar del ausente.

Contaban prodigios de él.

Estaba muy bien en Buenos Aires, perfectamente relacionado, viviendo como un príncipe y ganándose la vida, honrosa y provechosamente.

Cipriano, que era un poco dado a letras, nos dijo que él creía que en la literatura haría camino; según le había declarado en confidencia, había abrazado la escuela realista que contaba escasísimos adeptos decididos y en ella pensaba distinguirse.

Luego otros vecinos ratificaron todo lo dicho, por don Antonio y sus hijos, y en el pueblo se comenzó a mirar el nombre de Matías como una bella promesa para el porvenir.

Después empezaron a circular voces de que era el muchacho de más talento que se había bautizado en la iglesia local, y que estaba indudablemente llamado a ilustrar el pedazo de tierra de su nacimiento.

Aquí llegaba ya la fama de Matías, cuando yo abandoné el pueblo y me vine también a Buenos Aires, a objeto de colocarme humildemente.

* * *

A los pocos días de llegar, tropecé con la futura gloria de mi provincia.

Me preguntó con aire de protección lo que hacía, y le dije que había entrado a un taller de relojería con objeto de aprender el oficio.

Me acuerdo que se rió estruendosamente y me pidió las señas de mi cuarto para visitarme de vez en cuando.

Entregado yo a mi labor con toda paciencia y contracción, no andaba en la calle sino para ir del taller a mi cuarto y vice-versa, excepción hecha de los domingos en que iba a pie a la Boca, a ver los buques o a Palermo a mirar los animales.

¡Y de Matías ni me acordaba!

Una noche al ir a casa nos encontramos de manos a boca.

Me declaró que iba a mi cuarto a ver si yo lo dejaba dormir en él: se había peleado con la dueña de la casa donde vivía y no quería renovar un escándalo, que ya había dado con él en la comisaría.

Este pudor le duró hasta que se fué de Buenos Aires a ocupar una banca en la Legislatura de nuestra provincia, pues no me abandonó más: era muy vergonzoso mi comprovinciano Matías.

* * *

Mientras viví con él tuve ocasión de observar sus costumbres de gran hombre en embrión, y son éstas las que quiero hacer conocer con el único objeto de beneficiar a mis comprovincianos enseñándoles el camino de una posición que yo no puedo alcanzar, dada mi humilde condición de industrial.

Se levantaba temprano, se acicalaba con toda prolijidad y se iba al desembarcadero a recibir a todos los vecinos que llegaban del pueblo, y los cuales rebosaban de gozo al hallarse entre el mundo de gente que los rodeaba y en medio del mareo

producido por el movimiento, con una cara conocida, con uno *de allá*, como ellos decían.

Matías los acompañaba al hotel, almorzaba con ellos, les oía un poco sus temores a los ladrones, que todos les manifestaban —pues en el pueblo se creía y se cree que aquí en Buenos Aires los cacos son tanto o más numerosos que la gente honrada—, los asustaba más si era posible, con la relación de robos y asesinatos verdaderamente espeluznantes, y luego se retiraba prometiéndoles volver a la tarde a buscarlos para dar una vueltita y enseñarles la ciudad... asegurándose de paso la comida.

Estas breves horas las empleaba en agenciarse unos pesos, ya sableando a algún empleado de la Casa Rosada que había hecho un negocito o ya proporcionando oportunidades de hacerlos; estas pequeñas miserias eran las generadoras de sus trajes cuando no podía conseguirlos sino pagando y sus proveedoras de comida cuando no caían vecinos a su alcance.

A la tarde se le veía siempre en compañía de sus comprovincianos, sirviéndoles de lazarillo en la calle Florida, explicándoles todo, y a la noche, después de cenar, los llevaba a los teatros o a correr la tuna; era siempre materia dispuesta.

Y los pobres que lo divertían, volvían al pueblo marcados con las mentiras que les contaba y empezaban, para darse importancia de hombres que no habían frecuentado centros ni círculos vulgares, a elevarlo hasta las nubes y a pintarlo como un potentado.

Y luego Matías no olvidaba su fama literaria; trabajaba por ella de una manera eficaz.

Era amigo de algunos noticieros y a éstos les sacaba los ojos para que anunciaran la venida de tal o cual de sus desconocidos amigos, diciendo que eran grandes capitalistas, hombres de prestigio y de empresa... *Tigres* de aldea, de esos que tiemblan ante un ratón vestido de miliciano, pero que sirven para héroes en las comedias políticas representadas por telégrafo.

Preguntado sobre si escribía, contestaba muy suelto de cuerpo que era su oficio, y desarrollaba el largo plan de un libro que tenía entre manos.

Y todos le creían y lo admiraban: llegó a ser un Dios entre los de su pueblo.

Y así, en ancas de sus paisanos, empujado por una audacia admirable y por el esfuerzo colectivo de todos los vanidosos que para satisfacer su tendencia hacían de él un personaje, salió de un humilde cuarto de aprendiz obrero ; para ir a ocupar una banca en la Legislatura del terruño!

* * *

Y sin embargo, los muchachos de allá que han estudiado, que saben, que han vivido honradamente, que se han ganado un título con el sudor de su frente, andan por ahí hojeando papel sellado, manoseando teodolitos, instrumentos de cirugía o varas de medir y lidiando con clientes majaderos.

No hay cuidado que nadie se acuerde de ellos en el pueblo y los honre como se merecen

Los honores y las simpatías se reservan allí, como en todas partes, no para el mérito verdadero sino para los Matías Polancas, que no han de faltar jamás y que se irán perfeccionando a medida que pase el tiempo.

DELLA VALLE

Octubre, 22 de 1894.

Mi estimado Vedia:

Antonio Goyena es, como todos los de su apellido, un finísimo espíritu que se deleita con lo bello; en pintura y en música es un catador de paladar delicado; y en las horas que le dejan libres las abrumadoras materialidades de la vida, se le encuentra huroneando por los estudios de los pintores, de los escultores o de los músicos, en busca de novedades.

Después del poeta Lamberti, que desde hace años recorre los montepíos de la ciudad observando, según él, los despojos que llevan a ellos los naufragos de la vida, —con el plausible fin de encontrar un tema real para algunos de los mil poemas que tiene pensados y que algún día escribirá, —Goyena es el vago más incorregible y más trabajador que tiene Buenos Aires.

No hay rincón que contenga algo bello o algo curioso, que él no lo conozca: si pasa por lo de Guido Spano, echa una mirada de soslayo a una ventana pequeña que hay no sé en qué punto y dice: “al fin lo ha dejado el reumatismo al pobre viejo”, y es seguro que el querido poeta no está; pasa por lo de Santa Fe, uno de los pianistas de más talento con que hoy contamos, mete la cabeza por el zaguán, mira quién sabe qué signo invisible y exclama: “el hombre está, pero trabaja”; sabe a la fija la hora en que el doctor Lagleyze, el sabio oculista, está entregado a la pintura —su ocupación favorita—o llorando en la flauta sus soledades de célibe; se costea hasta el 11 de septiembre, sin miedo de errar, a la hora en que Silverio Domínguez, el enemigo a muerte de los microorganismos de la tuberculosis, está de humor para cantar alguna romanza, con su voz inimitable de barítono.

En fin, el hombre es una verdadera especialidad en su género.

La otra tarde vagaba yo a caza de una puesta de sol en los malecones del puerto Madero, observando el ir y venir de los desocupados de largo tiempo, que se miran como miembros de una misma familia, y contemplan con pena la terminación de las obras, pues concluídas éstas y terminada la apertura de la Avenida de Mayo, no saben dónde irán a matar el tiempo que están matando hace tanto, cuando de repente me topo con Goyena:

—¡Cómo le va?... ¡Vaya, y cuánto me alegro de encontrarlo!... Venga, vamos al estudio de Della Valle... ¡verá qué telas tiene escondidas!

—¿No le parece muy tarde?

—¡No hombre, que me ha de parecer!... Es aquí cerquita no más, en la calle Luján!

Y como yo también soy amigo de músicas y de pinturas y como el talento de Della Valle, a quien reputo el mejor de todos los pintores criollos que hay hoy en Buenos Aires, me seduce, allá nos fuimos.

Vive el maestro al lado de su taller, lo que equivale a decir que trabaja todo el día, no dando al ocio sino el tiempo estrictamente necesario para reponerse del cansancio.

Las paredes del taller, por sí solas, atestiguarían su laboriosidad, si no la atestiguaran también los salones porteños, donde es raro no encontrar alguna joya hija de su pincel inimitable.

Della Valle es el pintor de la pampa y de las cosas de nuestra tierra, y de su paleta brota la lianura con sus encantos incomprensibles para el que no nació en ella, con una verdad tal, con un colorido tan exacto, que sus telas puede decirse que son vivas.

En ellas se puede estudiar, como en la naturaleza, el indio, el gaucho, el rancho, los caballos criollos tan llenos de peculiaridades, los perros de tollería o de estancia, cada uno con su carácter propio, los bañados interminables y monótonos de donde nace débil e ginorado un arroyito que parece morirá a la otra cuadra y que, sin embargo, retorcíéndose con pereza, atraviesa centenares de leguas de un tirón.

Estos arroyos de la pampa argentina, modestos, sin apariencia, pero de tanto aguante, son la me-

por representación de nuestro carácter nacional y parece que Della Valle, dado el cariño con que los trata. el estudio prolijo que ha hecho de ellos, lo hubiese comprendido así.

En su vasto taller no se ven sino cosas de nuestra tierra, estudios argentinos, pensados y sentidos por un pintor con alma de patriota, que ve y comprende aquello que han visto y comprenden los que como él nacieron en la pampa inmensa y grandiosa, que tiene todos los tonos imaginables y los matices más caprichosos y más armónicos, pero que nos lo revela sino a aquellos que saben mirarla.

Su último cuadro — *La vuelta del malón*— es una página de la historia íntima de nuestra patria, una verdadera fotografía de aquellas escenas sangrientas que aun contadas entristecen, un episodio de aquella lucha feroz entre la civilización y la barbarie en las orillas del Plata, que aún nadie ha cantado.

Aquellos indios musculosos, de fisonomías rudas, como talladas a cuchillo en una raíz de calden, son verdaderamente las de los señores del desierto. las de aquellos que con su lanza y sus boleadoras detuvieron durante medio siglo la civilización que avanza.

Allá van en grupo sobre la pampa desolada, orillando un bañado, en busca del vado secreto que les permitirá llegar con su presa a la toldería lejana.

Los caballos, como desbocados, van con la crin al viento corriendo a su albedrío: el jinete lleva

los ojos fijos en la parte del botín que le ha correspondido; uno lleva una mujer desmayada, otro un ornamento de iglesia, otro revolea el incensario de plata labrada, ofrenda piadosa de alguna alma sencilla, otros cuidan el arreo de haciendas que hará la delicia de las chinas y de los viejos que quedaron en el aduar solitario.

¡Cuánta melancolía, cuánto sentimiento de tristeza hay en aquel cuadro de desolación!

¡Con cuánta pena se mira aquel fortín que queda ardiendo a la distancia, con cuánta amargura se piensa en el porvenir honroso de aquella cautiva que vuela sobre la pampa en brazos del capitanejo que la lleva como el mejor tesoro que pudiera haberle deparado la suerte!

Esa gran tela de Della Valle tiene verdadero mérito y la señalamos a nuestros hombres de fortuna como una buena adquisición.

Otra tela que ya empieza a brotar de la paleta del maestro es *Una carga de caballería*, a la usanza antigua, en que trabaja en los ratos de ocio.

Es otra página de historia patria que, como *La vuelta del malón*, dará relieve al nombre de Della Valle y será en las edades futuras un recuerdo vivo de aquellas hazañas de Necochea o del bravo Olavarría.

El taller de Della Valle no tiene rincón que no contenga un cuadrado interesante, un estudio que se lleva los ojos por la soltura del dibujo, la exactitud de los detalles o la propiedad del colorido.

Lástima que los retratos firmados por el distinguido pintor estén hoy de moda entre las personas

de gusto, que lo asedian con sus pedidos y que trabajos de esta naturaleza le quiten horas que tanto necesita el arte nacional.

En fin, querido Vedia, yo le doy estos apuntes puramente con el fin de hacer conocer esos talleres de pintores modestos que hay en Buenos Aires y donde se encuentran joyas como *La vuelta del malón*, de Della Valle, o *En el cuarto de conventillo*, de Bucceri, que se expuso en lo de Costa, como lo anunció la *Tribuna* al presentarlo al público y que tan favorable acogida ha tenido: haga de ellos lo que guste.

Lo saluda su amigo.

Fray Mocho.

BUCCERI

Mi estimado Vedia:

Le escribo estas líneas para darle una noticia nueva, lo que no es poco, seguramente, en un país en que no hay muchas.

La otra noche visité el local "La Colmena artística", que es un almacigo de pintores, poetas y músicos y donde tuve el placer de ver a Christian Roebber rodeado de una pléyade brillante de muchachos encantados con su charla amena.

Fuimos con Fernando a ver funcionar la escuela de pintura y después de echar un vistazo sobre los estudios que tenían entre manos Della Valle, Capruz, Bucceri, de la Cárcova, Cotanda, Bouchez, Parissi y cien otros que concurren a aquel taller atraídos por la seguridad de encontrar siempre algo útil que hacer, comenzamos a recorrer el salón mirando los lindos cuadros que lo decoran y charlando a propósito de lo terrible que debe ser servir de *modelo*.

Este tema fué sugerido por un ciudadano vestido de Mefistófeles a quien estaban copiando en la escuela: era un hombre moreno, de gran nariz curva, vestido de rojo como el general Mansilla en su sala de estudio y que debía mantenerse inmóvil en una posición violenta, durante unos tres cuartos de hora, teniendo siempre en el rostro la expresión de una amarga ironía.

Para nosotros, que somos tan movedizos, aquello era sencillamente inquisitorial.

Recorriendo el salón nos detuvimos frente a una pequeña tela de un metro cuadrado que era digna compañera de una de Vahamonde que está en un extremo y representa un palco de teatro en que hay una mujer viva, de otra de Capuz representando un dandy borracho —que es una joya—, de otra de de la Cárcova en que hay dos cabezas de viejos músicos de orquesta llenos de vida y de colorido, de otras de Della Valle, de Cotanda, de Parisi, de Cao, de Sáenz Camarero, de Dominichini, en que hay un verdadero derroche de talento.

Aquella pequeña tela se llevaba nuestra vista y estoy seguro que se lleva la de cualquiera que penetre a la “Colmena”.

Se trata de un tipo de esos medio italianos y medio criollos que vagan en los malecones del puerto Madero con las manos en el bolsillo y la pipa en la boca; ha conseguido sentarse en la proa de un bote ajeno y ha pescado con anzuelos también ajenos, un bagre amarillo que le vendría como de perlas para un guiso, de esos que dice Florencio Madero que a él le enderezan la nariz.

Hay que ver la expresión de aquellos ojos de goloso vagabundo, la sonrisa que ilumina aquella cara de pescador con caña en el momento psicológico en que su mano derecha toma el pez con todo cuidado mientras que la izquierda opera hábilmente para desenganchar el anzuelo.

Le aseguro, querido Vedia, que se trata de algo real.

Aquella figura es un sujeto sorprendido en uno de los momentos más bellos de su vida. la luz que lo baña es la luz de nuestras preciosas mañanas de primavera y el hombre que ha hecho ese cuadro es un pintor de talento que tiene un porvenir asegurado.

Averigüé su nombre y supe que se llamaba Bueceri, que era italiano y que Antonio Goyena, que conoce a todos los pintores, podía llevarme a su taller.

Lo busqué y nos fuimos a la sala del maestro.

Es una pieza desmantelada en una casita de la calle de Moreno y Salta, en cuyas paredes no se ven sino algunos pequeños bocetos, modelos de yeso, estudios inconclusos, pero en cuyo centro había un caballete y en él un cuadro concluído que bastaría por sí solo para adornar el salón de un hombre de gusto.

Este cuadro se expondrá en la calle Florida, mañana o pasado y como será un éxito, quiero adelantarme algo sobre él y pedirle que no deje de verlo: tendrá un momento dichoso, usted que es tan artista.

Se trata de un tipo de trastienda de almacén o

de estaminet, de pera castaña, sombrero chambergo y pañuelo rojo al cuello: italiano criado aquí, seguramente. A ese hombre usted y yo lo hemos hallado muchas veces en la calle, así como a los dos amigos que lo acompañan. Son italianos también, pero más viejos y menos acriollados. Uno de ellos usa boina roja y camiseta, tiene cara de peón haragán y conversador; el otro es un napolitano de esos que si pueden cuentan el cuento del tío. Vieste de saco, sombrero chambergo y usa una de esas burdas camisetas de tela blanca que se pueden lavar pero que no se planchan.

Se conoce que los tres han estado en el almacén recordando la patria lejana, la aldea con sus tallarines, su vino picante, sus muchachas más picantes aún que su vino y luego la música que los deleitaba en las horas serenas pasadas bajo el amplio cobertizo de la granja en que trabajaban.

El más joven es guitarrista y la recuerda, más aún, la toca bien, y los ha convidado para oírla; han ido los tres al cuarto del conventillo y, rodeando una mesa de pino, a la luz de un quinqué, ha comenzado la sesión sorprendida por Bucceri.

La luz amarillenta del kerosene no alumbraba toda la pieza, pero, filtrándose a través de los que forman el grupo los ilumina de una manera sumamente feliz y pone de manifiesto todos aquellos detalles que dan relieve al cuadro: los sombreros y las ropas lustrosas por el uso, las manos toscas y velludas, a expresión de placer de los oyentes y hasta el aire de cortedad del napolitano viejo que, ha-

llándose de visita, ha dejado apagar el pito para no molestar en la casa.

Esta tela, amigo Vedia, es un éxito y una novedad y hará usted un verdadero servicio a los amantes de la buena pintura, llamando la atención sobre ella.

Agradecido de antemano lo saluda su amigo.

“¡SE ME AUGAN LOS PIESES!”

Anécdota del senador Febre

Allá por los años de 1856 a 57 existía en el Paraná un muchacho, hijo de un estanciero, que, no teniendo condiciones para otra cosa, el buen viejo del padre lo había habilitado con un puesto donde cuidaba algunos animales.

Un día se presentó a visitarlo un amigo que había pasado dos años en Buenos Aires.

Una vez que se saludaron, y después de charlar un rato, el puestero —que no era otro que el actual senador por Entre Ríos, Ramón Febre— le encargó, que cuando regresara a la ciudad le trajera un par de botas buenas. Se despidieron, y en el palenque golpeándose con la lonja del rebenque las puntas de los dedos que dejaban a descubierto la bota de potro, le decía: Con respiradero, ¿eh?

Poco tiempo después volvió el amigo con lo prometido: le traía un par de botas de baqueta.

Al verlas, el senador Febre se precipitó sobre ellas, rajando con el cuchillo las de potro para sacarlas más pronto. Mediante un poco de trabajo consiguió calzarlas, y después de golpear el suelo se las miró y exclamó:

—*Sacámelas pronto; ya te había dicho que fueran con respiradero... En éstas que me traís se me van a augar los pieses*— y tiró las botas.

No hubo medio de convencerle de que los pies no se ahogarán en esa *mecánica*, como decía a cuanto cosa llamaba su atención.

.....

Años más tarde Febre era gobernador de su provincia, su amigo decía al saber la nueva:

—¡Claro! —y refería el cuento que he hecho— “será más todavía porque es muy bruto y los enterrianos brutos...”

.....

Los tiempos han cambiado, han pasado los años, y el señor Febre dice: *llo, calle Callado, Wenceslado* y otras cosas bien... dichas y además usa botines de charol sin que los *pieses se auguen!*

¡El progreso hace milagros!

LOS DESARREGLOS DEL GOBERNADOR ORELLANO

Señor Director: Aunque los corresponsales de San Luis han presentado ya de cuerpo entero al hombre que hoy gobierna a aquella provincia argentina, —como si regenteara una estancia—, voy a completar el boceto con una anécdota copiada fielmente del natural.

Todavía no era gobernador, cuando un día el señor Orellano amaneció resfriado: gran dolor de cabeza, flojedad de piernas, narices obstruídas — mucho *caimiento*, decía él.

La familia oficial le rodeó en seguida.

Allí estaba el candidato, encogido en un sillón de baqueta, envuelto en un poncho, con las piernas fajadas por un cojinillo peludo y con parches de yerba y sebo en la cabeza, tomando mustiamente la *resolana*.

—¿Qué tiene, amigo?

—¿Qué le ha pasao, compadre?

Clamaban sus visitantes, y a todos el enfermo contestaba lo mismo:

—¡Qué quieren! Un desarreglo... una de esas locuras...

Y todos se miraban picarescamente, maliciando algo.

Por fin llega el médico y el enfermo repite lo del desarreglo.

—¡Pero qué desarreglo ha sido, señor Orellano? interroga el médico.

Y el rival de don Jamín, confiesa su picardía diciendo:

—Pa qué se lo hei de ocultar. *¡Me he luvao los pieses!*

Después lo hicieron gobernador.

UNA ANECDOTA DE GUARUMBA

A propósito de la muerte de este valiente y prestigioso caudillo, recordamos una anécdota que demuestra la viveza natural de los hombres de su raza.

Cuando el general Sarmiento fué a inaugurar la línea férrea que une Concordia con Monte-Caseros, se dió un gran banquete conmemorando el magno suceso, y el encontrarse allí el Presidente de la República.

A indicación de Sarmiento, Guarumba fué colocado en un extremo de la mesa haciendo *vis* con él. Llegado el momento de los brindis, los inauguró Sarmiento, pronunciando un gran discurso en que desarrollaba la idea de la civilización que cundía por el mundo entero a pasos agigantados. Concluyó su brillante discurso poco más o menos con estas palabras:

“Señores: en este banquete se ven representadas por dos hombres la civilización y la barbarie: la

primera la represento yo, la segunda la representa el valiente caudillo que está frente a mí, el valeroso coronel Guarumba.

“Yo lo conocía de nombre, conocía todos los hechos más culminantes de su vida que le han dado el prestigio que hoy posee, y es por todo esto que afirmo lo que he dicho”.

Guarumba se quedó como si no hubiera comprendido nada, pero con el propósito de devolverle la oración por pasiva en cuanto se le presentara una ocasión propicia.

Cuando cesaron los aplausos, Guarumba se levantó de su asiento, y dirigiéndose a Sarmiento le dijo:

—Señor Presidente, usted me conocía de nombre, pero yo lo conocía de vista.

—¿Sí? —dijo Sarmiento.

—Sí, señor; lo había visto *pintado en El Mosquito*.

El Mosquito era el periódico de caricaturas más popular en aquella época.

Calcúlese el efecto que produciría en Sarmiento la ocurrencia de Guarumba.

ANECDOTICO

Era en 1878.

El vino todavía no había destruído del todo a Franklin Bond y Rosas, ese resto de que era el *pschutt* porteño en 1840.

El general Roca preparaba su expedición al desierto, y vivía entre una montaña de mapas y papeles.

Un día en que el trabajo le abrumaba se cuela Franklin en su despacho y le dice:

—General... venía para que me llevase...

El general llamó al edecán y dijo secamente:

—¡Sáquelo de aquí!... ¿Para qué lo dejan entrar?...

El edecán tomó del brazo al visitante, y lo iba sacando del despacho, cuando éste se paró, se dió vuelta, miró al general y exclamó:

¡Le deseo, general,
Que en el primer cañadón
Lo zambulla el mancarrón!

Y como en ese momento su acompañante le diese un tirón para hacerlo continuar su camino, alzó la voz y gritó:

¡Y que si llega a salir,
Me lo vuelva a zambullir!

Era un chispazo de aquel espíritu que se apagaba ahogado por el vino.

Y el general Roca quedó riéndose franca y alegremente: el viejo dandy se retiró tropezando y repitiendo el último verso de su improvisación.

UNA BOLADA... COMO HAY MUCHAS

Escena callejera

Una muchacha de color moreno, alta, vestida con elegancia aunque con pobreza y llevando el símbolo de las costureritas sin pretensiones —el velito que deja traslucir el cabello negro y lustroso—marcha por la vereda con un paso menudito y parejo, propio para realzar las gracias de su cuerpo bien formado y esbelto.

Un joven de bigote negro retorcido hacia arriba, vestido con todo el amaneramiento de un dandy falsificado y llevando con un delicioso aire femenino un jacquet de largos faldones redondos, un pantalón atigrado de corte inglés y el todo coronado por un sombrero de alas rectas, la sigue con el mismo encarnizamiento con que un can calavera y sin hogar seguiría a un mortal que pasara por las calles un trozo de carne gorda, fresca y sabrosa.

Doce cuadras lleva caminadas la morocha y do-

ce cuadras la ha seguido el elegante pirata, conservando siempre una distancia respetuosa: parece que quisiera enamorarla con los ojos mirándola por atrás.

De repente la muchacha se detiene a hablar con un mocetón que venía en sentido inverso y que al parecer formaba parte de los voceros de un carro de cebollas que viene más atrás tirado por una yunta de bueyes flacos; el pirata pasa por su lado y va a plantarse en la esquina a esperar su presa.

Pasa ésta, y al emprender nuevamente su persecución, siente una mano que se le afirma en el hombro.

Se da vuelta y topa con el mocetón.

—¿Qué es lo que quiere? pregunta con voz mal segura, pero con tono de dignidad.

—¿Yo?... ¡Nada!... Mi hermana es la que quiere... ¡Dice que le gusta andar sola!...

¡Y que ande!

—Bueno... ¡entonces no la siga más... no sea que se vaya a topar conmigo!

El dandy le lanza una mirada temerosa, pero respuntada de desprecio, y se gana en la primer confitería que encuentra, penetrando en ella con todo el aire de un hombre satisfecho.

Más tarde refiere en la oficina, donde desempeña funciones de escribiente, que ha tenido *una bo-
lada*.

HUMO DE CIGARRO

Tres anécdotas

Gobernaba la provincia de Salta el coronel Solá. Lo había acompañado en la lucha, desinteresada y lealmente, un hermano del doctor Eduardo Wilde, joven ocurrente, cuyos cuentos son populares en Salta.

El coronel, luego de haber triunfado, se acordó muy poco de sus amigos y comenzó a seguir una senda que no cuadraba al joven Wilde ni a muchos otros, que empezaron a alejarse poco a poco del círculo de gobierno.

Wilde no quiso separarse, sin embargo, de su antiguo amo sin despedirse, y un día se presentó en su despacho vestido con todas las prendas que usa un salteño precavido cuando va a emprender un viaje largo.

Al verlo el gobernador le dijo con ese tono cachaciento y dormilón que lo caracteriza:

—¡Hola, Wilde!... ¿Cómo va?

Wilde, haciendo sonar las *eses* y hablando con toda tranquilidad:

—¡No tan bien como esperaba hace algún tiempo... venía a pedirle órdenes!

—¿Y para dónde se va?

—¡Me voy al otro partido y no he querido irme a la francesa!

El coronel Solá se quedó como si lo hubiese visto a Rocha cumpliendo una promesa.

Desde el día siguiente el nombre del joven Wilde comenzó a figurar entre los más ardientes opositores de Solá.

* * *

El coronel Del Campo necesitaba un ordenanza, y un día se le presenta un aspirante al puesto, en la Casa Rosada.

Era español, y tenía todos los aires de un hombre serio.

Al coronel le gustó el aspecto y lo tomó, llevándolo luego a su escritorio para apuntarlo en el libro.

Se sentó frente a su mesa, se caló los lentes, y dirigiéndose al candidato, le dijo:

—¿Cómo te llamas?...

—Toribiu Sinté...

El coronel levantó la vista y le lanzó una mirada furiosa.

—¿Cómo te llamas?

—¡Toribiu Sinté!

Aquí el coronel se puso pálido, se levantó de su asiento, y atropellando al candidato exclamó:

—¡Bueno... aura mismo te mandás mundar!... ¡aura mismo!...

Y dándole un empujón lo echó afuera del escritorio, volviendo a su mesa a cerrar el libro y guardar los anteojos.

—¡Gallego pretencioso... imbécil!... ¡Venirme a enseñar ortografía a mí!... ¡Yo le he de dar Totibio sin te... pedazo de canalla! ¡No sé cómo no le he rajau de un hachazo!

* * *

Dos señores, uno pacifista y otro que lo ha sido y se ha hecho achavalista, se encuentran en la calle:

—Vea, el doctor Rocha se parece a los silbidos...

—¡Vaya un símil, querido!

—No; ¡si es exacto!... ¡Tiene la propiedad de *hacer dar vuelta* a los zonzos!

RECUERDOS VIEJOS

Siempre me acordaré de aquella vecinita que tuve cuando era noticiero de aquel diario de la tarde, que yo y muchos de mis colegas no olvidaremos jamás, cuyo redactor y propietario no nos pagaba nunca los sueldos y, sin embargo, escribía, muy suelto de cuerpo artículos contra el gobierno, que comenzaban invariablemente así: “eso sí, somos honrados y no nos aprovechamos del sudor de nadie”.

Ella era mi único consuelo en aquellos días oscuros de mi vida: para retemplar mi ánimo abatido, no hacía más que levantar mis ojos hacia su balcón y verla tras sus vidrieras contemplando la calle que nos separaba.

¡Era su única ocupación!

Tanto mirarla y mirarla, había llegado a creer que la adoraba, y allí, en mi asiento, en vez de ocuparme en recortar los diarios de la campaña y de

las provincias, que se amontonaban a mi lado, me ponía a soñar con mi vecina, y mi imaginación, que siempre ha sido chacotona, se complacía en entablar con ella diálogos interminables que concluían por lo general en besos cambiados, en abrazos estrechos y, a veces, en investigaciones prolijas que me hacían subir la sangre a la cabeza y me alteraban el pulso de tal manera, que la tijera temblaba en mis manos y sonaba alegre como en las de un práctico barbero suburbano.

* * *

Una tarde —recuerdo que fué al entrar la primavera— no sé qué diablos de tentación se apoderó de mí y me hizo comenzar a tirar besos a la vecinita. Creo que fuí contagiado por el mal ejemplo de dos golondrinas negras y lustrosas que, paradas en el parapeto de la azotea, se ocupaban en alisarse las plumas mutuamente.

El hecho y la verdad es que yo tiré besos y que la vecinita, lejos de incomodarse por ello, se hacía la que los recogía entre sus dedos sonrosados y los llevaba luego a sus labios, que eran dos guindas.

¡Hasta ahora un temblor me recorre el cuerpo al recordarlo!

A no dudarlo, mi amor era correspondido y correspondido con fuerza, con pasión, tal como yo lo soñaba!

* * *

De los besos ficticios, pasamos a las cartas y yo, en vez de escribir noticias, me ocupaba en redactar epístolas amorosas zurcidas con párrafos robados aquí y allá, y en esperar las contestaciones que me enviara ella, la dueña de mis pensamientos.

Llegó un día, ya a la entrada del verano, en que a ambos no nos satisfacían las señas y las cartas; deseábamos algo positivo, algo tangible: determinamos vernos y hablarnos.

Allí, en aquel zaguán largo, sombreado por la ancha escalera, me esperaría a las siete de la noche en punto y celebraríamos nuestra dulce conferencia, que día llegaría en que durase meses y años.

* * *

Llegué puntual a la cita, y aun siento aquella mano de vieja que se enredó en la melena sedosa que en ese entonces usaba, y la voz chillona que gritaba con el acento más cordobés de que guardo memoria:

—¡Io tei dar amores, pío... descamisao!...

No oí más. Sólo sé que una parte de mi pelo quedó en las uñas de la arpía y que yo no volví a sentarme más ante aquella mesa desde la cual vi dos golondrinas en una tarde de primavera, alisarse las plumas mutamente, paradas en el parapeto de la azotea.

ANTAÑO Y OGAÑO

*De cómo “una clavada”
salvó las finanzas de La
Rioja.*

Era allá en la época en que se usaba que el presidente de la República —sin necesidad de interventores ni de faramallas constitucionales— nombrara gobernadores por decreto e hiciera despanzar a bayonetazos a los que no tiraran parejo sin ser quiénes para pensar por su cuenta, y gobernaba aquella pintoresca tierra de La Rioja, según las crónicas, un buen hijo de ella que jamás había hurtado nada a nadie ni codiciado la mujer de su prójimo, como rezan los mandamientos.

Se llamaba don Ramón Angel y era hombre que jamás soñara verse en tales alturas ni metido en pellejerías de políticas, pero a quien un capricho de la suerte había convertido en Excelencia de la noche a la mañana.

El pobre, si bien no sabía de cosas de gobierno sino dónde quedaba su despacho, no ignoraba sin embargo, cómo manejaba el Excelentísimo señor Presidente a sus agentes naturales, cuando tenían, sobre todo, su talla reducida y su físico enclenque y por ende enfermizo y predispuesto a los... colados que entonces se estilaban.

Vivía temiendo, y con razón, que algún buen día llegara en la galera semanal que traía las noticias de *pabajo* —como se decía del litoral que, como hoy, era el origen de esos aires que secan a los gobernadores en lo más florido de su existencia —algún caballero de levita y sombrero de copa, que sin más ni menos viniera y le dijese:

—¡Mire, don... váyase a su casa y déjese estar quietito!... ¡Aquí me mandan de gobernador y a eso vengo!... ¡Ah!... ¡Escuche antes... y perdone!... ¿No vienen aquí don Zutano y don Mengano?

—¡Velay!... ¡Cómo no!... Uno es el marido de mi mansa, que es viuda, y el otro es el hermano de mi cuñado!... Estamos mal; peleamos por cuestión de unos higos... ¿Sabe?... ¡Cosas de comercio!

—¡Bueno! Cítelos ahora mismo!... Tengo orden de mandarlos al congreso de Buenos Aires... ¡Ah!... ¡Hágamelo venir también a don Mengano, un señor de quien sólo sé que es sordo y medio tartamudo, pero que tiene buena letra!... ¡Me lo han nombrado ministro general!... ¿Qué le parece?

—¡Lindo no más, pues!... ¡Algún día le había

de tocar, como yo le decía siempre a Sandalia, mi mujer!

Y el pobre gobernador temblaba cada vez que la galera de *pabajo* entraba por la única calle de tres cuadras que tenía la capital riojana, envuelta en una nube de polvo y anunciada por los toques de corneta de ño Vergara —el mayoral legendario— y por los resoplidos de los mancarrones, que desde la última posta arrastraban por el camino pedregoso aquel viejo armatoste, que, reatado con guascas y piolines, resistía, sin embargo, para tortura de viandantes sin experiencia, a todo género de atentados y contratiempos.

Sabía muy bien el señor don Ramón Angel que el fantástico vehículo podía de repente traerle su reemplazante y en la expectativa vivía, como se dice, ¡con el corazón en la boca! Y, no obstante, ningún atractivo tenía el gobierno para él, a no ser el bien mísero por cierto de que el clarín de la comandancia le echara diana cada vez que cruzaba la plaza para ir al Cabildo, vieja construcción destartada, sin más mueblaje que una mesa-escritorio prestada por don Serapio de la Vega y dos sillas cedidas por la familia de Ocampo una para S. S. y otra para su ministro general, que lo era don Felipe Varela. Este Varela es aquel tocayo de los muchos que aquí tenemos, que más tarde paseó hasta Salta, en la punta de su lanza, las hojas de la Constitución, el sublime recurso que poseemos los argentinos para... pronunciar discursos en las salas del Congreso.

Los demás empleados de la administración des-

empeñaban sus funciones en una sala común que tenía dos bancos largos y una especie de mostrador, donde al lado de dos libros de cuentas se veían los corvos para los policianos, el balde de agua, la yerbera con el mate y a veces algún cabrito o cordero, ya degollado, traído como obsequio por algún administrado agradecido... de esos que ya no hay más. .

Una siesta el señor gobernador y su ministro, en sesión de acuerdo probablemente, pues esto no lo dicen las crónicas, cabeceaban sentados uno frente a otro, haciendo que meditaban un plan financiero que sacara adelante el tesoro riojano, que estaba exhausto.

Semanas hacía que ni un mísero "cuarto boliviano" caía a las arcas y éstas estaban en un verdadero apuro, no por pagar, que a nadie pagaban hacía tiempo, sino por contener algo en sí que siquiera les diera carácter: las rentas no daban "ni para los vicios del Gobierno", como llamaba el señor contador a los gastos menores, que lo eran tanto, que apenas alcanzaban a medio real por día.

Cabezazo aquí y cabezazo allá, las dos personalidades riojanas no daban, al parecer, con una idea salvadora, cuando de repente penetró al salón el señor contador, una viejo bajito y apergaminado, que no pesaba ni libra y media, pero que al caminar pisaba fuerte para hacer creer que tenía los ánimos de un gigante.

—Señor —dijo con la voz temblorosa por la emoción y dirigiéndose a S. E. —¡han caído dos cuartos"!

—¡Dos cuatros!... —repitió el aludido azorado.

—¡Sí, señor!... ¡dos!

—¿Y de dónde?

—De una diferencia de patente... pagada por la viuda de don Mamerto Cuevas, aquel pulpero de Nosogasta que se *lo limpió* la Chapanao durante el otro invierno... ¡quiero decir Gobierno!

—¡Ah, ah!... ¿Y dónde están?... ¡Tráigalos!

Y el contador metió los dedos temblorosos en el bolsillo del chaleco y dió a luz entre ellos dos míseros bolivianos que hasta parecían extrañados de verse juntos.

Allí estaban uno al lado del otro en la punta de la mesa y el Gobernador y el ministro y el contador los miraban de hito en hito.

¡La humanidad es ambiciosa!

¿De qué servían, sin embargo?

No eran “dos cuartos” los que necesitaban ahora que los tenían, sino veinte: así tirarían por lo menos un mes y podrían dar un alcance a los policias.

—¿Y qué hacemos?... —dijo el Gobernador—.

¿Cómo aumentaríamos este caudal?

—¡Hum!... —dijo el ministro—. ¡Vea, Gobernador, yo he sabido ser buen *tabiador*!... ¡Si me tiene fe y cree que puedo servir a la provincia... comisioneme para probar la suerte!

—¡Y pruebe, pues!... ¿Para qué es ministro, si no?

Y el ministro se levantó, hizo ensillar su caballo, se metió el caudal riojano en el bolsillo y al trotcito se encaminó al Pango, lugarejo de los alrede-

dores, donde ese día había reunión de vecindario con carreras y *güesito*.

Allá fué el ministro Varela, y vaca aquí y vaca allá y *clavada* más allá, consiguió ganar unos quince pesos, que le permitieron regresar a la capital orgulloso y con el corazón contento.

Al rayar su caballo frente a la casa del Gobernador, en cuya vereda estaba éste en mangas de camisa y tomando fresco, exclamó gozoso haciendo sonar su bolsillo repleto:

—¡No le dije, Gobernador!... ¡Hemos salvado la patria!

—¡Bien aiga... con el hombre hábil!

Y dirigiéndose al soldado que le alcanzaba el mate, a la señora a quien el galope del caballo ministerial había atraído a la ventana y a uno o dos vecinos que cruzaban la calle, exclamó entusiasmado:

—Señores... ¡Viva el ministro de hacienda!

En ellos se salvaba la patria por los financistas oficiales hasta con *una suerte clavada*, y no digo *clavada* solamente por no ofender a más de cuatro de esos que andan al trote, bajo los corredores de la Casa Rosada, y que podrían decir con razón, haciendo una frase traidora:

—Si antes salvaban la patria con una suerte clavada, ahora la salvan con una desgracia ídem... ¡y bien ídem, por cierto!

EPISODIOS MILITARES

El Subteniente Toscano

Agosto 10 de 1895. — Estimado amigo Vedia: Los párrafos de la carta que le adjunto son de un sacerdote argentino que está actualmente en el Perú, y en ellos me relata una linda hazaña del actual comandante Toscano. En toda su sencillez, trazan la silueta de un soldado brillante.

“No es más elocuente que el episodio que voy a narrarle ninguno de aquellos que el incomparable D’Esparbés eligió entre los muchos que se cuentan del gran ejército, para formar la leyenda del águila: parece una hazaña de aquellos soldados de la Francia heroica, que rivalizaban en audacia y en valor y eran émulos en punto a cumplir sus deberes con la patria.

El ejército peruano, acampado en “La Noria”, acababa de ser batido por los chilenos en el campo de San Francisco, y bajo las órdenes del general

Buendía iba a emprender la penosa retirada hacia Arica a través del desierto.

Era la madrugada.

Los cuerpos comenzaban a formar para la marcha, cuando el general en jefe, con su brillante séquito de oficiales, se presentó en el campo del histórico batallón "Ayacucho", depositario de la bandera que el mariscal Sucre le diera en horas de gloria y que, como los demás, se alistaba para la jornada.

El jefe y los oficiales se apresuraron a rodearle, y él con voz reposada y tranquila les expuso la situación desesperante del cuerpo: la histórica bandera, la reliquia del ejército peruano, quedaba a merced de los chilenos en el almacén-depósito de "La Noria", donde se la había guardado antes del desastre. Era necesario que un oficial decidido fuera a buscarla, arrancandola de manos del enemigo, dueño ya de toda la comarca.

La empresa no era tentadora, seguramente.

Los oficiales, consternados, se miraban entre sí, pero no se adelantaban a la voz del anciano general, que hacía un esfuerzo por recuperar la insignia sagrada que en días felices había jurado defender.

Reinaba un silencio sepulcral. De repente, de una de las filas más lejanas partió una voz: era un subteniente casi imberbe, desconocido, que se ofrecía a tentar la empresa si otro oficial más caracterizado no la reclamaba para sí.

El entusiasmo fué indescriptible: aquella voz varonil y decidida devolvió el ánimo a sus compañeros, y casi en brazos de ellos llegó el subte-

niente ante el viejo general, que le dió sus instrucciones, bien pocas por cierto.

Su misión se limitaba a llegar a “La Noria” — que estaba en medio del campo enemigo— a tomar la bandera del “Ayacucho” y a tratar de llevarla al extranjero, pues no era posible pensar en una reincorporación, dado que el cuerpo iba a atravesar el desierto con rumbo a Arica.

El subteniente buscó en la división 50 soldados de caballería oriundos de la comarca, que debían secundarlo en la empresa y, momentos después, — mientras el ejército se internaba en el desierto—, él volvía la cara al enemigo y marchaba hacia “La Noria” por caminos extraviados.

A las 12 de la noche penetraba al corazón del cuerpo enemigo, asaltaba y derrotaba la gran guardia que custodiaba el trofeo anhelado en el mismo almacén-depósito donde se le había guardado y se apoderaba de la insignia que en sus comienzos de vida militar encarnaba todos sus deberes de soldado.

Los momentos eran preciosos. Los derrotados, repuestos del pánico producido por el ataque inesperado, podían volver a invalidar la brillante victoria hija de la decisión y de la audacia: el joven subteniente reúne su tropa, la dispersa dándole orden de que huya a los cercos vecinos y él solo, a pie, llevando bajo el chaleco la bandera querida, encamina sus pasos hacia la casa de un arriero argentino en busca de hospitalidad.

Los derrotados volvieron, huronearon la comarca, buscaron el rastro de la partida asaltante, pero

pronto, necesidades urgentes llamaron su atención hacia otros sucesos y el incidente fué casi olvidado.

Entretanto, el subteniente, vestido de particular, paseaba en el campamento chileno esperando la llegada de algún tren que fuese a Iquique y a los cuatro días se presentaba ante el almirante Lynch, en esta plaza, obteniendo de él un pasaporte para atravesar las líneas chilenas y tratar de llegar a Arequipa, donde, según una historia inventada *ad hoc*, tenía a su padre —ganadero argentino— casi moribundo.

Veinte días después de su salida de las filas del “Ayacucho”, el subteniente se incorporaba a él en Arica, donde había llegado la división Buendía, después de penosísima marcha por el desierto, y depositaba en manos de su jefe la venerada reliquia.

El esfuerzo, la audacia y el valor dieron al bravo subteniente un galón más —que bien ganado se lo había— y atraieron sobre él las miradas del ejército entero, pues cuando los diarios chilenos noticiaron la toma de la bandera del “Ayacucho”, los peruanos pudieron desmentirla concurriendo con ella al Campo de la Alianza y a las batallas de Chorrillos y Miraflores.

Como recuerdo de esta hazaña he visto en los libros del batallón histórico la copia de un certificado que dice: *Al jefe que suscribe le constan todos los servicios que el capitán de infantería de ejército don Pedro Toscano manifiesta tener prestados.*

Yo, como primer jefe del “Ayacucho”, en cuyo

cuerpo ha servido dicho capitán, me es altamente satisfactorio informar que su comportamiento en las campañas y batallas libradas contra los chilenos ha sido el de valiente y pundonoroso oficial.

Cábeme, además, el deber de hacer constar que, mediante el capitán Toscano, fué salvado el estandarte del batallón, pues, después del desastre sufrido en San Francisco, marchó a "La Noria", donde había quedado tan brillante insignia y de ahí la condujo hasta Arica, atravesando por entre los enemigos. Que conste también que en la batalla del Campo de la Alianza salió herido. — Arequipa, noviembre 19 de 1891. — Nicanor R. de Somocurcia.

Me dicen que el bravo subteniente del ejército peruano, don Pedro Toscano, luego de vuelto a la Argentina, su patria, siguió la carrera militar y es hoy un bizarro jefe que comanda el 10.º cuerpo de infantería en esa república.

¡Ojalá sea a orillas del Plata lo que fué a orillas del Rimac: un modelo de valor y de modestia!"

Agradecido a su deferencia, amigo Vedia, le estrecha la mano

Fray Mocho.

LA SERENATA

Recuerdos de Entre Ríos

Es un placer que no experimentan los mozos de aquí el que gozábamos nosotros cuando vivíamos en la provincia, y que por referencia sabemos que aun gozan los que nos han sucedido, dando una serenata a las dueñas de nuestros corazones.

¡Una serenata!... Pero si es encantador eso y es lástima que uno no puede aquí irse con su guitarrita a cantar, a la reja de la amada, una de aquellas canciones del tiempo viejo que se transmiten de generación en generación y que casi no hay señora del país que no las conozca.

Todavía el “*caro bien, un momento siquiera*” y el “*recuerdo solitario*” han de traer a la mente de muchas de mis lectoras y lectores algo así como una fresca brisa del pasado.

* * *

En el pueblo hay siempre tres o cuatro mozos que cantan y otros tantos que saben acompañarlos con la guitarra.

Tienen amor suficiente para su gasto y para el de los amigos de su círculo: y lo prestan con una generosidad digna de envidia.

¿Hay uno que no se anima a declararse? Pues en una tarde reúne los muchachos y les pide que a la noche hagan con sus notas sentimentales la parte de la vida que a él lo asusta.

¡Y con qué facilidad se prestan los otros!

—¡Bueno!... ¡Iremos!... ¡Ya lo creo!... Y también vamos a ir a lo de las X y a lo de las N...

—¿Cómo no?... ¡Pero che, lo que es a la mía me le van a cantar "*Oh virgen celestial*"... Se me anda descomponiendo!

Y resulta que los cantores y los guitarristas son siempre los muchachos más prestigiosos.

¿Quién se va a poner mal con ellos?

Solamente el que no quiera bailes de medio pelo, ni serenatas, ni reuniones, ni fiestas de ningún género.

* * *

Llegan las nueve de la noche y ya todo empieza a dormir en el pueblo: los dueños de las tiendas y almacenes cierran sus casas; los papás se retiran del café en que sólo quedan los solterones del pueblo, pobres infelices que se enorgullecen llevando la fama de calaveras, porque se quedan hasta tarde bostezando sobre una copa semillena de alguna infame mixtura pomposamente bautizada.

Los de la serenata y sus amigos se han reunido en el cuarto del que vive más al centro.

En las pocas sillas que hay se han acomodado los guitarristas, y a su alrededor, en otras sillas, si las hay, en el borde de la cama, en el baúl, los cantores.

Los amigos que han de acompañarlos unos preparan el mate, otros calientan agua en reverbero que no se sabe de qué es, dados su color y su aspecto, otros se enseñan cartitas de amor o versos que han compuesto, y otros, meditabundos, se sientan en cuclillas en un rincón a pensar en cómo recibirá la niña de sus pensamientos la serenata que le van a dar.

¡ Oh! ¡ Qué gran problema es siempre éste! ¡ Cuánto se piensa en él y cuánto se goza con la duda!

Y vienen los castillos en el aire. En primer término la noche serena y apacible, la ventana y a su reja la hermosa adorada, sin más adornos que sus quince abriles, y que permite gozosa que él la mire mientras sus compañeros rascan las guitarras o cantan con los ojos fijos en el cielo las sentidas trovas.

A veces el enamorado —un pequeño atrevido metido en el pellejo de un tímido— llega con la imaginación hasta el lunarcito de la barba o hasta el labio aquel que parece hacer señas. y de allí despacio, despacio, trepa hasta la oreja fina y rosada donde va a decir...

Un feroz almohadazo lo trae a la realidad de la vida.

Uno de los compañeros le observa que hace mal

en venir a dormir al “antro de la poesía”, y él, muy satisfecho de que lo tomen por un dormilón y no por un pobre soñador, se pone de pie, estira sus miembros y empieza a pasearse con aire calavera.

Al fin el jefe de los de la serenata declara que “ya están”, lo que en lenguaje vulgar quiere decir que han concluido el ensayo y se hallan prontos para hacer conmovier hasta las piedras.

Y la banda se organiza de dos en fondo, marchando adelante los guitarristas, luego los cantores, por orden de méritos y luego los acompañantes, que van comentando la rabia que tendrán Fulano y Mengano mañana, cuando sepan que han tenido diversión y no les han dicho nada, o lo que hablarán las tales y las cuales que se ha determinado dejar sin música a causa de que en tal baile no quisieron salir sino con los mozos que no eran del pueblo.

Y estos acontecimientos tocan proporciones colosales y son comentados mientras se flanquea un charco que corta la vereda, un fangal que bordea la calle o un rompe-callos de ladrillo o piedra que amenaza continuamente la bienandanza de las gentes.

Y media cuadra antes de llegar a la primera casa designada entre las que van a ser honradas con un trozo de música amorosa, se detienen, se callan y comienzan a templar sus instrumentos: uno de la banda va a ver si hay luz aún en la sala, o si ya están acostados los futuros oyentes, y, si esto último sucede, la alegría se pinta en todos los rostros

y especialmente en el del que pasa por favorecido..

¡Un primer sueño interrumpido por una linda canción de amor!

¡Pero si se sabe por tradición de padres a hijos y de madres a hijas que eso es divino!

* * *

Y los guitarristas avanzan a ocupar la ventana para pisar en su borde y dar un punto de apoyo al instrumento.

Luego uno, el que va a asumir la responsabilidad o el enamorado, —si no está entendido con *ella* para hablar por la otra ventana cuando las hermanas o la madre estén en la de la música— da un golpecito discreto y luego otro y otro, hasta que se oye el “quién es” malhumorado y soñoliento, ya sea que lo lance el señor o la señora que por lo general ocupan el cuarto más próximo a la sala.

Y empiezan las guitarras y el acompañamiento, entre si es punteado o rasgueado.

Adentro se oyen ruidos y conversaciones entrecortadas.

El padre. — ¡Por qué se han levantado? Caminen a acostarse...

Las niñas. — Pero si es una serenata, tata...

El padre. — ¡Serenata? ¡Son unos haraganes que no tienen que trabajar mañana! Caminen, caminen a su cuarto!

La madre. — ¡Déjalas... no seas malo! (*Por lo bajo y en voz melosa*): ¡Acuérdate de nuestro tiempo!

Y las muchachas se precipitan a obscuras en la sala, seguidas de la madre, y van a amontonarse en la sala, aguzando el oído para conocer por la voz quiénes vienen, aunque ya lo saben muy bien.

El padre, que ha quedado solo en la cama, reniega y maldice, olvidándose de los tiempos que le han recordado, y entre sus imprecaciones confusas suele oírse el rezongo del chiquilín que se ha despertado con el ruido y que él tiene que acallar.

* * *

Y la canción concluye, como todas las cosas de este mundo.

La señora, a riesgo de resfriarse, entreabre la ventana y en la rendija se agrupan las cabezas de las muchachas deseosas de oír algo y temerosas de hablar.

—Perdonen que hayamos interrumpido su sueño para hacerlas oír una canción mal cantada.

—¡Qué esperanza! ¡Si lo han hecho muy bien!

—¡No tanto como ustedes merecen!

—¿Cómo está Fulanita? —interrumpe una voz.

—Bien, gracias... ¿Y usted, Mengano?

—Muy bien y siempre...

—¿Van a ir a muchas partes? —dice la madre con tono distraído.

—Algunos sí, señora... pero yo no he venido sino aquí.

La señora se hace la que no oye, pero allí tras ella hay una orejita que ha tomado la frase y cuya dueña, rebotando alegría, va a ir a continuar el

interrumpido sueño, pensando en aquel diablo de galán que no quiere oír más música que la que ella oiga.

* * *

Hacen ademán de retirarse, pero antes las muchachas les piden que canten otra cosa, y mientras dura el canto preparan algunas flores con que obsequiarlos.

Luego con las flores vienen las disculpas porque no son frescas y la observación de que no deben tener en cuenta sino la buena voluntad.

Y los mozos se alejan, volviendo la calle a caer en su silencio habitual, mientras las muchachas cuchichean en su cuarto recordando todo lo que les han diho, lo que han observado, y tratando de inquirir hasta lo que sus adoradores pensaban.

¡Oh tiempos de la serenata! Ya no volveréis más a mí sino como un recuerdo dichoso de una época feliz.

Junio de 1886.

EL CLUB

Recuerdos de Entre Ríos

No olvidaré jamás aquella gran casa sin pintar, cuyas paredes, acribilladas de agujeros con pretensión de ventanas, ostentaban sobre una franja blanca esta divisa en caracteres negros: *Club Social — Café — Billares*.

La leyenda era, como quien dice, una etiqueta indicadora de la categoría del establecimiento, una prueba fehaciente de su superioridad sobre los demás cafés del pueblo, anónimos o cuando más conocidos por el nombre de sus propietarios.

Desde niño, y, como todos los demás muchachos de mi tiempo, a cuyo testimonio apelo, fuí acostumbrado a mirar aquella casa como el último baluarte de la libertad argentina, como el refugio de la equidad y de la justicia humana y como el receptáculo de toda la pureza y honradez de nuestro departamento: era el templo de la democracia,

según la frase de uno de mis viejos amigos de aquellos tiempos que tenía la inocente manía de creerse un hombre que preocupaba con su importancia a toda la cristiandad.

Al templo aquel no concurría la chusma ni la plebe y por ende las autoridades locales, que eran siempre contrarias al círculo conservador de fuego sagrado y que se titulaba, pomposa y enfáticamente, *la oposición*.

Y así nos alucinábamos nosotros creyendo que todo el que no era concurrente al Club no pasaba de ser un mísero archivo de vicios y de bajezas, adulón de tiranos y de mandones, indigno hasta de recibir una escupida.

Hubo mozo en aquel tiempo que llegó a creer a ojos cerrados que el éxito no era sino un producto de la degradación del individuo.

Y, sin embargo, ¡cuántas veces vi a mis modelos, a aquellos brazos de hierro herrumbrados en su vaina de anonimia, tornarse flexibles como el mimbre a la mejor caricia de un rayo vivificante partido de las alturas del poder, bien no fuese sino reflejo llegado allí rebotando de plancha en plancha y ya próximo a no ser nada de puro débil y cansado!

Era el café una vasta sala de paredes peladas— pues no llamo adorno a algunos cuadros polvorientos, refugio de arañas procreadoras y paradero de moscas andariegas, que cabeceaban por ahí de trecho en trecho— flanqueadas en uno de sus extremos por *las taqueras*, la pizarra y un reloj resfriado y reumático, y en el otro por un pequeño

mostrador y unas vidrieras, continente obligado de algunas botellas de colores diversos —bautizadas con nombres de vinos y licores afamados— sirviendo de barreras a las ratas que, en las horas de hambre, hacían de los estantes una pista en que ensayaban su celeridad en la carrera.

Había ratón poco dado al sport que entretenía sus agresivos ocios en mascullar sonidos que tenían algo de discurso populachero.

Y todo el día y toda la noche se le veía aplicado a su tarea, ¡con una persistencia de colegial juicioso y aprovechado!

En medio de la sala había una mesa de billar y un poco más allá otras mesitas redondas de lata pintada, donde los concurrentes se agrupaban ya para jugar a los naipes o para hablar de política: al billar sólo jugaban los mozos más dispados y calaveras.

Las mesitas eran el refugio de todos aquellos que tenían algo que murmurar de las autoridades o que se creían designados para suplantarlas llegado el caso, dado que eran los más preparados para la cosa pública, en su opinión, y, sobre todo, los más llenos de servicios y de necesidades premiosas, como que eran padres de familias formadas en un cuarto de siglo a razón de un hijo por año, cuando no de dos.

¡Conozco un caso de tres!

De ellas partían los chismes y las calumnias, todas esas mil pequeñas dentelladas que molestan a los tiranuelos lugareños y los suele hacer explotar en actos tan ridículos que llegan a tener fuerza suficiente para tomar el nombre desconocido de sus

autores y, haciéndoles salir del estrecho círculo de la aldea —que se cree un mundo— ir a repercutir en el oído de toda la república, produciendo la sensación de una cosquilla.

Y sin embargo, si esa vida del Club se suprimiera, ¡qué horrible, qué monótona, qué tremenda sería la existencia tanto para la oposición como para las autoridades!

¡El fastidio petrificaría aquellos cerebros, ya medio enquistados a fuerza de estar inactivos, y los ciudadanos concluirían en el suicidio o en la idiotez más acabada!

¡Por eso yo quiero tanto aquellos recuerdos de mi vida provincial! ¡Les tengo el cariño que un rabioso le tendría al hierro candente que sirve para quemarle la carne atacada por la dolencia cruel y mortal!

Cuando la noche cerraba, comenzaban a llegar al Club los pequeños comerciantes que, convencidos del poco despacho, dejaban sus tiendas al cuidado del dependiente o de la familia; los estancieros de menor cuantía que venían de vez en cuando a hacer sus compras y a oír ruido; los dueños de las escuelas particulares, que habiendo regentado las públicas se las habían quitado por causa de ineptitud comprobada, por más que ellos declararan que era por no avenirse con el gobierno; algún periodista de aquellos seriotos que se visten de negro y no dejan la levita ni para dormir la siesta y que creen que la prensa es un sacerdocio y lo que ellos elucubran un Evangelio; y luego, más tarde, llegaban los dependientes de las casas de comercio, *después*

de cervar, y los mozos del lugar —futuros padres de familia— que regresaban de visitar honestamente a las muchachas virtuosas, a quienes respetaban tanto y daban un lugar tan elevado que no se atrevían ni a mirarlas por temor de causarles algún daño de aquellos que “hieren la familia en su base fundamental”.

Y de estos, aun espumados, alternaban con los viejos, —los sabios del pueblo—, solamente aquellos que de vez en cuando ascendían a galanteadores de las musas, gozando por ello fama de aprovechados y talentosos.

Y cuando ya la colmena estaba reunida se abandonaban las mesas en que habían corridos los centavos al calor de una malilla que repetían desde hacía quince años los mismos vecinos, o el truco entusiasmador en que también entendían todos y que era como el cartabón con que medían el talento de aquellos hombres notables cuyo nombre llegaba a sus orejas, y nos agrupábamos para oír a los viejos.

En una de estas reuniones oí juzgar como a un cualquiera al más ilustre de los hijos de la localidad, a uno de los únicos hombres de aquella provincia que se conquistó un nombre en la patria y que fué, no solamente en el foro, sino en el parlamento, una eminencia nacional.

Se decía de él que “era un ignorante que no sabía orejear una carta”.

Y yo, y como yo muchos otros, tuvimos siempre una especie de menosprecio por aquel gran orador y jurisconsulto que no sabía saborear uno de los

placeres más intensos de aquellos grandes hombres anónimos, que nunca pudieron ser otra cosa que maldicientes, y que si hubieran llegado a ser siquiera alcaldes se hacen escribir una biografía en que Napoleón les hubiera servido como comparación de tercer orden.

Un día se presentó su nombre como candidato a diputado y lo rechazamos por inepto, dando nuestros votos a un ciudadano que defendía pleitos en el juzgado de paz y usaba en su conversación términos estudiados de memoria en el diccionario.

¡Ese sí que era talento! ¡Y luego qué facilidad para hablar: entendía de todo!

El que nos capitaneaba o, mejor dicho, el oráculo del café, el Dios del Club, era un tal don Zenón, viejo criollo, asmático que fumaba cigarrillos negros y andaba siempre con el cuello envuelto en un ponchillo imitación de vicuña.

Era él quien nos daba los rumbos en política, pues en esa materia lo teníamos por un piloto de primera fuerza, como que había sido nada menos que soldado de Lavalle y había estado tres veces en Buenos Aires, la Meca del ingenio en el Plata.

Sin embargo, jamás el triunfo coronó nuestros esfuerzos, y cuando nos quejábamos de ello, nuestro jefe atribuía las derrotas a que la autoridad se mezclaba en el asunto, y lanzaba una andanada de maldiciones sobre los que no respetaban la ley escrita y no veneraban y llevaban a los primeros puestos a los soldados viejos, inválido, que habían pasado su juventud en los fogones de los campamentos.

Y nosotros nos quedábamos muy satisfechos de saber por boca de aquel sabio asmático que a no haber tenido contrarios hubiéramos podido coronarnos con los verdes laureles del vencedor.

Alguno de los jóvenes presentes, lumbrera de su generación, entusiasmado, se trepaba a una de las mesitas y después de pedir disculpas al auditorio por su "falta de *práctica en la oratoria*", nos descerrajaba un discurso histórico sobre San Martín o Belgrano, formado de párrafos espigados aquí y allá entre los autores que se han ocupado de esos próceres o de otros; nos mostraba luego el oráculo del ponchito, que tosía gravemente en un rincón, y nos incitaba a continuar como él, que era un viejo soldado de Lavalle, la lucha sin esperanza de triunfo.

Y lo aplaudíamos frenéticos, alabábamos su talento portentoso y fulminábamos a los que creían que se luchaba para vencer.

BENJAMIN POSSE

*Quien dice incesantemente
que tiene honor y probidad,
que no daña a nadie, que con-
siente en que el mal que hace
a los demás se lo hagan a él
y que jura para hacerlo
creer, no sabe ni aun falsifi-
car al hombre de bien.*

La Bruyére.

Camino del cementerio se vió ayer una multitud de gente distinguida —quizás lo más encumbrado de nuestro mundo político, social y literario— que iba a dejar allí el cadáver de un hombre, como deja siempre el de tantos otros. Y, sin embargo, este cadáver no era igual al de cualquiera: no todos los que viven y mueren —por más que los entierren del mismo modo— se llaman Benjamín Posse.

Vivo, solamente él era conocido con ese nombre en esta región del Plata, que, sin embargo, lo ha enterrado como si hubiera muchos que pudieran parangonarse con él o darse por aludidos cuando se le llamaba.

Para Posse, a ser lógica esta multitud que entierra muertos y tiene ya hasta gestos apropiados para el caso, se debió hacer un entierro único, original: algo así como fué él en esta tierra, que no brota representantes de su estirpe intelectual todos los días.



Era Posse hombre de mediana talla, huesudo, falto de carnes, un tanto cargado de hombros y de pecho saliente y estrecho; su fisonomía era de líneas agudas, encuadrada por una barba castaña escasa y lacia y por unas cejas pobladas y movibles que servían como de zócalo a una frente ancha, despejada y ligeramente curva; su boca era de labios finos, suavemente encorvados, y algunas arrugas en la comisura le daban el aire de sonreír y una expresión de ironía que ponía en guardia a cualquier observador; sus ojos eran pardos y tenían un aspecto de dormidos, contribuyendo a ello el conjunto de la cara, de mejillas más bien gruesas, que caían en dos surcos profundos formados entre los pómulos y la nariz, perdiéndose en la barba que usaba recortada en punta.

El conjunto del rostro, la expresión, tenía algo de Olegario Andrade.

Caminaba generalmente con paso tardo, el sombrero en la nuca, la cabeza ladeada, los hombros encogidos, las manos en los bolsillos del pantalón y el bastón bajo el brazo.

Su cuerpo revelaba enfermedad, cansancio, fatiga, pero en su rostro se veía luz de ideas.

* * *

Era la encarnación de este buen espíritu criollo que se nutre aquí y allí, que admira el parlamento inglés y la cámara francesa, que es escéptico y se entusiasma con un discurso, pero que sin embargo, llegado el momento de hacer, produce bueno y genuino, sin preocuparse de modelos ni apearse a imitaciones, bien tengan todos los atractivos de lo bello.

Tenía la noción de lo justo y de lo verdadero: aceptaba los hombres y las cosas tal como son y no tal como puede soñar cualquiera que deben ser; su culto era el hombre y no el ángel, por más que éste pudiera ser mejor en caso de existir.

Y luego, era bravo como nadie: tenía el valor de pensar, aunque fuera solo y de decir su pensamiento cuando se le antojaba.

Nadie como él para lanzarse a la lucha sin contar el número de sus contrarios: ¡se tenía fe, y con razón, pues jamás había respirado en la quietud y estaba vivo!

* * *

Era generoso en toda la acepción de la palabra y lo era por temperamento, a pesar suyo: así como lo son los fuertes verdaderamente fuertes.

Sabía que todo buen acto suyo tendría por recompensa un desengaño, cuando no una cosa peor y, sin embargo, no escatimaba los buenos actos y los realizaba así, *en criollo*, sin fórmulas, sencillamente, tal como escribía un artículo en pro de sus ideales y que caía sobre las espaldas de sus contrarios como una lluvia de latigazos, dejando surcos cárdenos y amoratados.

No era, en la hora de la victoria, el soldado que tira el fusil para cargarse con los despojos del vencido: era el veterano disciplinado que con el arma al brazo vela en el campamento por la seguridad de todos.

Un hombre como Posse no debió de ser enterrado como cualquiera: era un ejemplo para los hombres que aman lo justo y lo verdadero.

HISTORIA CRIOLLA

Los valientes de mi tierra

Siempre me acordaré de aquel bestia de Callmaiñ, el indio más borracho y más flojo que había en la toldería.

Se contaba de él que hasta lo había castigado una mujer, y, sin embargo, Callmaiñ se ponía las botas con nosotros, pobres cautivos, y no nos llamaba sino *huincá maula*, cada vez que tenía que mandarnos algo, acompañando su dicho de un lindo puntapié.

Cualquiera de nosotros lo hubiera revolcado de un cogotazo, pero nuestra posición en la toldería nos impedía zurrarlo como lo hacían los otros indios cada vez que se atrevía a alzarles el gallo.

Un día, Policao, sobrino del capitanejo Cuicull y muchacho de catorce años, le pegó tal tanda de rebencazos que Callmaiñ, abochornado, tuvo que abandonar la toldería.

Los cautivos bendijimos a Policao que nos había librado de nuestro azote.

* * *

Se supo a los dos o tres días que Callmañ el cobarde, se había pasado a los cristianos, y los indios, después de decir que se había ido a “reunir con sus iguales”, se olvidaron de él y hasta corrieron del toldo los cuatro perros sarnosos que formaban su cortejo habitual, y a los que, según el refrán pampa “como es el dueño es el perro”, consideraban completamente inservibles.

* * *

Una tarde, como a los tres meses de la fuga, cayó Callmañ a los toldos.

Echó pie a tierra en medio de los indios que lo miraban asombrados, y les contó que se había ido entre los cristianos a buscar armas de fuego y a aprender a manejarlas, agregando:

—Aquí las tengo, ¿las ven?... ¡Pues ahora les voy a enseñar cómo las manejo!

Tomó un poste, que estaba a quince pasos, como blanco y de cuatro tiros que le hizo acertó tres.

Hecha la prueba se apretó la vincha y comenzó a pasearse con aire fanfarrón, diciendo:

—Vean... Ustedes son una punta de indios burros y flojos, a los cuales de lástima no los aso a balazos... ¡de lástima!... En adelante no han

de jugar conmigo porque les he de meter bala: ¡conque así ya saben!

En eso vió al muchacho Policao, su antiguo enemigo, que estaba sentado sobre una carona, en la puerta de un toldo, y dirigiéndose a él le dijo:

—¡Qué haces ahí, zopenco... A ver si te atreves a pararte delante de mí!

Policao no respondió nada, pero tomó su arreador de cabo de calden y se puso a jugar con él.

—¡A ver... parate... hijo de perra!

Y aquí Callmañ le dió un puntapié.

Policao se paró y exclamó:

—Indio ñato, has aprendido a tirar la pistola, pero no sirves para nada... ¡Los cristianos te habrán dado *cencia* pero no coraje!

Aquí Callmañ comenzó a mirar donde estaba su caballo y acercarse a él.

—Sí, —prosiguió Policao—, los flojos, aunque tengan un cañón, siempre son flojos.

Y aquí lo atropelló con el arreador. Callmañ no tuvo tiempo sino para saltar en su bayo y salir de la toldería a media rienda, acompañado de la silbatina y la gritería de la indiada que decía:

—¡Vean el toro... que hasta los chicos lo corren!

* * *

Luego se supo que andaba haciéndose el malo con sus pistolas y su trabuco en un toldo lejano, donde nadie lo conocía.

¡Cuántos Callmañ conocí después entre los cris-

tianos! Guapos que nadie conoce, tigres inmigrantes, que saben lo que es una ronca a tiempo, valientes que se asustan de su sombra y que, porque tiran el sable, el florete o la pistola, se creen con un corazón... ¡de aquellos que no se caen al estómago!

AGUAFUERTE

Las dos rivales

Fué allí, en la calle larga y solitaria del pueblo, allí donde tantos triunfos habían halagado sus vanidades de niñas mimadas en las lides de amor emprendidas con los galanes de la aldea, donde tuvieron su primer choque las dos pequeñas rivales, que sólo se conocían como amigas, y cuyas edades, sumadas, apenas alcanzaban a hacer la vida de una muchacha joven.

La batalla fué corta, pero ruda: ambas se conocían.

A raíz del choque vino la lucha y tras ella vendría la victoria de la más fuerte y la mejor templada: nada más.

Adela, la mayor, quince años apenas, tenía ya la seguridad de sí misma; se sabía de fuerza con sus ojos pardos y pestañudos, su color blanco y

despercudido y su carne magnífica, perfumada como una hoja de lirio.

¿Para qué más?... Acostumbrada estaba a ple-
gar voluntades con una mirada de sus ojos incom-
parables o con una sonrisa de sus labios rojos, que
eran así como un reguero de claveles.

La otra, Margarita, trece años cumplidos: aún
en los labios el gusto de los caramelos comidos a
escondidas en la escuela, pero valiente y animosa.

Recluta con el corazón de un héroe, aun no se
había probado, pero tenía la seguridad de no asus-
tarse.

¿Acaso eran hechos para el miedo sus ojos ne-
gros de morena, pestañudos y vivos; su boca co-
rrecta y diminuta, cuyo labio inferior, terso, lige-
ramente carnudo, expresivo, era toda una promesa
placentera; ni tampoco su carita inteligente de fac-
ciones vivas y movibles?

Ella podía ignorar su fuerza, pero no temía: sus
triumfos como sus ilusiones dormían, pero ¡ya les
llegaría su despertar!

Tenía la modestia del verdadero mérito y la con-
fianza tranquila de la inocencia.

* * *

El momento llegó: el choque se produjo, a pesar
de ambas, sin saber ni cómo.

Conversaban las dos.

Adela, orgullosa, confiaba a la otra sus aspira-
ciones y sus ensueños; le refería las embriagueces
de su alma cuando a su oído venían a morir, tími-

das, las confidencias de aquel que amaba y que la otra conocía.

—Y él ¿te dice su amor?...

Margarita pronunció su frase sin violencia, natural, espontánea, mientras un velo de púrpura, tenue, imperceptible, cubría su rostro y algo como un relámpago brillaba entre sus pestañas negras y crespas.

Fué instintivo en la otra levantar hacia ella su vista; las miradas se chocaron y la chispa brotó: ¡eran rivales!

LA TAPERA

Recuerdos de Entre Ríos

Llegué a la cumbre de la loma y me detuve al pie de un tala corpulento, que crecía solitario, pareciéndome no fuese aquel que yo dejé —en años ya casi olvidados— pequeño y endeble, cargado de nidos, y cuyo ramaje peinaba el pastizal que crecía a su pie, cada vez que el huracán barría el llano silbando entre la maleza y arrastrando en pos de sí las nubes de *alcachofa* y *cola de zorro*, que después de un viaje vertiginoso que duraba leguas iban a caer, arremolinándose, ya en el patio del rancho que les servía de reparo quebrando la impetuosidad del viento, ya —quebrajadas y deshechas— en la boca de una cueva abandonada que rellenaban sin concierto, ya entre las barrancas sinuosas del arroyo o entre las huellas profundas del camino que —socavadas por las aguas— bajan culebreando por las laderas, se pierden en las

hondonadas y vuelven a aparecer, negreando allá en las cumbres de las cuchillas lejanas.

Tenía ante mí el paraje donde en otrora se elevó la casa —aquella casa que vive hoy sólo en el recuerdo de los pocos que la habitamos— y cuyos restos, resistiendo al tiempo, existen aún ahí, circundados por una aureola verde-obscura que, como una mancha, se destaca sobre el llano e indica al pasajero que hubo allí vida civilizada, que el hombre fecundó con su sudor aquella tierra y abonó aquel suelo, que, debido a su esfuerzo, luce hoy una vegetación más poderosa que el resto de la comarca, vestida todavía con todas las galas de la llanura virgen y salvaje.

Auras de la niñez vienen a mí en alas del recuerdo y, al paso de mi caballo, penetro en la maleza enmarañada buscando lo que aun resta de aquella que conocí mansión de paz y de trabajo y que hoy es *la tapera solitaria*.

El cardo asnal que empieza a echar sus hojas recortadas y que luce sus vistosos lunares blanquizcos, destacándose con reflejos plateados sobre el fondo casi negro del ramaje, empieza a manifestarse en manchones diseminados aquí y allá y que a medida que uno avanza hacia aquello que fué la casa se va haciendo más tupido y más compacto; sin embargo, se abren paso aún, por entre la hojarasca espinosa, las cintas verdes de la gramilla, las hojas velludas de la flor morada, los tallos de la cebadilla, articulados y rígidos, y las coronas erizadas de púas de la cepa-caballo, casi tan persistente y avasalladora como el cardo, pero que como todas

sus compañeras sucumbirá, días más días menos, obedeciendo a las leyes inviolables de la naturaleza, ahogada por los brazos robustos de su rival.

Allí donde eran los corrales, donde se rodeaban de noche las majadas, se ven las lomas negras formadas por el estiércol acumulado y en el cual aun no ha podido arraigar ninguna planta, si se exceptúa la quinua, que con su ramaje que blanquea y relumbra los encierra en un círculo que día a día se estrecha a medida que los montones van desmoronándose y mezclándose con la tierra donde agarra y se extiende la larga raíz que se insinúa con caricias de serpiente.

Del magnífico huerto no quedan sino señales: persiste sólo el viejo ombú de tronco carcomido y rugoso —habitáculo de *aperiases* y comadrejas— que se hallaba a la entrada y un pequeño paraíso que lleva una vida miserable, retoño quizás de aquellos hermosos que sombreaban el patio y el *palenque* jamás desierto.

Allá abajo, a la derecha, aun eleva su tronco añoso y retorcido y como fatigado del peso de la copa expandida y redonda, el viejo espinillo cuyo ramaje sintió más e una vez el contacto de mano joven y hermosa ávida de las aromas doradas y fragantes que lo cubrían.

Hoy, degradado, es refugio de un casal de ranchos solitarios que dejan en su tronco y en sus ramas las huellas de su vida, circunscrita en un círculo pequeño, y que diariamente vienen al borde de su nido desparpajado a posar la garra sangrienta, que allá en el llano sujetó la cabeza del

indefenso cordero mientras el pico acerado extraía de la órbita el ojo codiciado, que con el vaho de la sangre humeante forma su manjar más exquisito.

Del viejo rancho no queda en pie sino la mitad delantera, que ahí está como clavada en medio de la maleza; la otra, forma un montón de pajas y de barro en que poco a poco se van hundiendo algunas vigas que el pasto ha comenzado a cubrir.

Las viejas paredes carcomidas por las lluvias ya no conservan casi su revoque de barro y en la parte inferior muestran las maderas del esqueleto, el *palo a pique*, que sirve de flauta al viento para modular su canción tediosa, cuando al filtrarse zumbando va a agitar el pasto amarillento, por falta de sol, que brota en el suelo apelmazado.

Arriba sólo se ven manchones de aquella paja que fué techo y que al irse deshilachando deja en descubierto el lomo de *las tijeras* llenas de verdín y de las *empleas* de caña tacuara en que, a pesar de la podredumbre, agarra aún el tiento de cuero de potro que sirvió para atar los manojos unos a otros; sólo reducidos a polvo han ido cayendo de a puñados, vencidos por el tiempo y por el viento que ha torcido las paredes, ladeando los pesados horcones de ñandubay y arrancando las soleras que sostenían el alero, pero que han sido impotentes para hacerlos faltar a su consigna.

Veo en el mojinete, carcomido y cribado de rendijas, el hueco que ocupó la puerta de una sola batiente pesada y maciza —tendida ahí, sirviendo de guarida a los grillos chillones y a los plateados

bichos de la humedad —y más allá el de la ventana, en cuyo marco entrelazaban sus brazos las verdes enredaderas tupidas donde escondían su nido diminuto los tímidos picaflores y por el cual pasa hoy zumbando el rubio *mangangá*, cuya compañera se ocupa en quehaceres domésticos, metida entre el hueco de una caña del techo, o la viva *ta-cuarita* que a mi paso ha abandonado el nido, acostado allá sobre el tirante, y que espiándome con sus ojillos desconfiados me chista temerosa.

¡A la derecha, desvencijado, deshecho, veo el horno que proveía de pan a la familia, luchando en fortaleza con el rancho; ya no quedan en pie sino los postes traseros y un pedazo del catre, sosteniendo un cuarto de la bóveda, precisamente aquel en que se hallaba la chimenea, y que aun conserva las huellas indelebles del humo!

Y evocando el pasado abandono las ruinas ensimismado, yendo a lo lejos el ruido de los dientes de dos caballos que allá, a la orilla del cardal, se rascan mutuamente *la cruz*, con los pescuezos entrelazados, y el lúgubre maullido de un gato, habitante de alguna vieja vizcachera, único guardián de aquellas ruinas y quizás último sobreviviente de aquellos que se desperezaban alrededor de mi hogar en las noches crudas del invierno.

CALANDRIA

Recuerdos de Entre Ríos

I

En un recodo de cierto arroyo, cuyo nombre ignoro —uno de tantos pintorescos como hay en mi tierra, que se enroscan y se estiran semejando inmensas víboras plateadas, para llegar al fin, saltando de cuchilla en cuchilla y de ladera en ladera, bajo la arcada sombría de los montes seculares, donde se expanden y se ensanchan como gozosos de haber escapado al sol del llano— existía una pobre pulpería, paradero obligado de todos los que excursionaban del pueblo vecino.

Allí conocí yo al célebre *Calandria* —Servando Cardoso— el último gaucho peleador que recorriera aquella comarca inolvidable que baña el Uruguay.

Varios mocetones andariegos alcanzamos cierto

día de paseo a la lejana pulpería y topamos con el que era terror de policías y héroe famoso de cuanta aventura novelesca forjara la mente popular, hecha ya a considerarlo como expresión genuina de todas las desventuras que afligían por esa fecha a aquella tierra de Entre Ríos, tan bella como injustamente desgraciada.

Estaba sentado en un banco de madera colocado no lejos de la puerta, hacia afuera del mostrador de pino pintado de rojo oscuro, sobre el que se destacaban, plumizas y brillantes, las chapas de zinc claveteadas de amarillo que forraban la cara superior.

Tenía la cabeza negligentemente recostada en la baranda de hierro —que con una hilera de pequeñas lanzas puntiagudas ponía una valla entre el pulpero y los clientes, no siempre gente de confianza— las piernas estiradas sobre el banco, un vaso de caña al alcance de la mano, y departía amigablemente con el negociante extramurano que, sentado en una silla del lado de adentro, daba espaldas al anaquel cargado de botellas y festoneado de sardinas y rosarios de butifarras.

Más que en conversar parecían ocupados en estudiar el volido de las moscas alrededor de la vidriera colocada en el otro extremo del mostrador y llena de masas y confituras —que rivalizaban no sólo en colores originales sino en estructuras caprichosas— o en descifrar el himno monótono y adormecedor con que las chicharras ocultas entre el follaje celebraban las delicias de la sombra, huyendo de los rayos de sol que, al moverse las hojas con

la brisa, saltaban de gajo en gajo, yendo a quebrarse en chispas deslumbradoras sobre sus cuerpos rechonchos, irisados y bruñidos.

Allá arriba, en el techo, chillaba angustiada una mosca que, aprisionada por la tela de una araña cazadora, veía llegar con pena el final de sus correrías, coreando sus lamentos el zumbido entrecortado de las avispas que tenían sus nidos de barro adheridos a la paja en los cabezales de las tijeras, y que entraban y salían de la casa como si fueran sus dueñas.

Nuestra llegada turbó la paz y la quietud en que se hallaban despertándolos, casi de golpe, de la especie de somnolencia en que yacían.

II

Era un gaucho de talla algo menos que mediana, delgado, de color cetrino, de pómulos salientes y de cara angulosa, encuadrada por una barba escasa y mal cuidada y por un sombrero chambergo de felpa, grasiento, de alas resquebrajeadas y de copa en que el uso había tallado con torpeza un cono de color indefinible —casi verde— aditamentado con un barbijo lleno de borlas y caireles que, de usados, ya mostraban bajo las hilachas desflocadas, la madera negruzca que les servía de armazón.

Vestía una bombacha de brin que había sido plomizo, amplia y ajada; calzaba unas botas de becerro ordinarias, que no conocían el betún ni de nombre, y sin más lustre que el que sacara en el

primer tercio delantero del pie y hacia los costados el roce frecuente del estribo metálico, y cubría su busto —un tanto escueto y cargado de espaldas, como de persona habituada a estar sentada— con un poncho de lana imitando vicuña, listado de colores vivos y cuyos bordes se doblaban en ancho pliegue sobre los hombros, dejando en libertad los brazos delgados y sin vello— cubiertos por una camisa de liencillo de un blanco dudoso, cuyas mangas se arrollaban como a la mitad del antebrazo, formando un bucle— y hacia el lado derecho, el mango negro con virolas de plata, de un pequeño facón atravesado a la cintura, del cual pendía, pasado por la manija, un rebenque de cuero crudo que le caía por detrás y bajo el poncho, como una cola.

Emprendimos conversación sobre generalidades; el gaucho, de rato en rato, se asomaba a la puerta, miraba su caballo que estaba allí cerca, con las riendas sobre la cruz y sin más recado que una jerga rayada de punzó, tendida sobre el lomo y que, poco a poco, habíase corrido hacia las ancas impulsada por sus movimientos al espantar las moscas fastidiosas que venían a posarse sobre su piel, o los tábanos cabezones y silenciosos cuyo aguijón ávido de sangre jamás permanece ocioso. Luego, volvía a su asiento y entre trago y trago nos refería sus correrías recientes y sus gestiones para *componerse* con el gobierno.

De repente, en una de sus salidas exclamó, mirando un tenue remolino que corría sobre la cresta de una cuchilla lejana —fuera del monte que

nos rodeaba— y que para otra persona de vista menos perspicaz no hubiera pasado de una nube de tierra impulsada por el viento:

..—*¡Ahí viene Mazacote con dos soldados!... ¡Ha e venir de bolón! ¡Viá esconder el caballo pa no asustarlo!... ¡Si me ve tal vez le sucede una desgracia... ¡y tenemos visitas!... agregó sonriendo.*

Nosotros también nos reímos: se trataba de un mulato rubio, flacuchón, picado de viruelas, feote, que era comisario y cuyas ínfulas de bravucón y matasiete eran el hazmerreír de la comarca, que lo sabía un infeliz por más que él, al caminar, hiciera repiquetear con el talón, a cada paso y de puro compadre, la charrasca que llevaba prendida a la cintura y que, cuando más, le servía de incomodidad durante sus grescas frecuentes con los alumnos del colegio que acostumbraban llamarle por su apodo, cosa que lo desesperaba.

Cierta vez, recuerdo, un mocetón fornido y musculoso gritaba al lado suyo a voz en cuello: *¡Mazacote! ¡Mazacote!*, lo cual oíalo distintamente el aludido, pero no atreviéndose, sin embargo, con el gritón, exclamaba con tono confidencial, dirigiéndose a aquel que lo molestaba y para ver si obtenía su silencio:

—*¡Oiga a los colegiales!... ¡Mire si son canallas!... ¡Gritan de lejos porque me conocen!... ¡Ah!... ¡Si yo agarro alguno! ¡Qué felpiada!*

III

Llevó el gaucho su caballo, demasiado conocido, detrás de un pequeño zarzal que interceptaba la vista y luego que volvió puso el oído hacia el camino y dijo:

—Ya se oye el ruido de la chafalonía... ¡Me voy a esconder!

Y desapareció detrás de la batiente de ñandubay, maciza y de una pieza, hecha como para resistir el empuje del anca de un caballo, ganzúa que usaban los gauchos para franquearse la entrada de los ranchos cuando era la violencia el único medio que pudiera asegurarles el logro de una empresa de amores o de pillaje.

No se había acomodado aún en su escondite cuando ya Mazacote estaba gritando a la puerta de la pulpería a donde había llegado al galope, seguido de sus soldados que, con el kepí sobre los ojos y la carabina asentando la culata en la delantera del recado, tenían más aire de bandoleros que de guardianes del orden.

—¡A ver, pulpero!... ¿Qué gente es esa que están de riunión? ¡Ya no le he dicho que no me gustan las riuniones?

—¡Son colegiales paseanderos, señor!

—¡Ah! ¡Ah!... Colegiales, ¿eh? ¡Vamos a ver si aura gritan lo que gritan en el pueblo!

Y habiendo concluído la operación de manear su caballo, entró a la pulpería arrastrando el sable sonador y con la mano colocada como al descuido sobre la culata de un trabuco naranjero que traía

atravesado hacia adelante bajo la faldilla de la amplia blusa celeste con botones amarillos que cubría su busto:

—¡Buenos días, caballeros!

—¡Buenos días, comisario!

—¿Y?... ¿Qué se hace?

—Paseando con el día lindo — dijo alguno a quien le hacía menos cosquillas la risa que a los demás nos ahogaba.

—¿Pasiando, eh?... ¡Ta bueno!... Vamos a ver... ¿quién paga la copa?... ¡No han de andar pasiando sin plata!

Se sirvieron copas, se emprendió la conversación, buscando nosotros pretexto para reírnos sin provocar desconfianza y de repente uno dijo:

—¿Diga, comisario, no lo ha visto a Calandria?

—¿Quién?... ¿Yo?... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... ¿Cree que Calandria es sonso pa ponerse delante mío?... ¡Gaicho más pillo!... ¡Cuando él sabe que yo ando puaquí, agarra pa allá!... ¡Si es una basura el tal Calandria!... ¡Bueno pa asustar gringos y viejas!...

.....
.....
.....

La puerta se abrió de golpe y Calandria en un abrir y cerrar de ojos estuvo ante el comisario, que temblaba haciendo repiquetear todas las cadenas y argollas de su sable, y lo miraba con tamaños ojos, pestañeando con una rapidez que, en otras circunstancias, hubiera sido cómica:

—¿Qué dice, don?... Con que asusto viejas, ¿no?

—¿...?

—¡Bueno! Chúpese esa caña que tiene en el vaso, monte a caballo y sin dar güelta la cabeza, marche pal pueblo... ¡Vamos, ligerito!

El guapo hizo lo que le mandaban: montó a caballo, volvió riendas y, seguido de sus soldados, se perdió allá en las sinuosidades del terreno siguiendo el ancho camino polvoroso.

CALANDRIA Y EL Dr. AVELLANEDA

Recuerdos de Entre Ríos

Ya *Calandria*, el simpático apodo con que se había hecho popular Servando Cardoso, el último gaucho matrero que recorrió los llanos de Entre Ríos, había desertado por segunda vez del batallón provincial, que para custodia de su persona mantenía en el Uruguay, bajo el mando del hoy coronel Blanco, el entonces gobernador de aquella tierra, doctor don Ramón N. Febre, quien, seguramente, no gozaba en su sillón de las delicias que generalmente atribuyen a gobernantes y prebendados, todos aquellos que no han sido ni siquiera alcaldes en su vida.

El pobre gaucho matrero manteníase por ahí, por los montes que rodeaban el pueblo, como Dios lo ayudaba; la policía lo perseguía con encarnizamiento, temiendo, y con razón, que pudiera servir de núcleo a alguna partida de bandoleros que die-

ra más de una jaqueca al vecindario; él recibía la persecución con paciencia evangélica y se aguantaba... haciendo travesuras que aumentaban su prestigio y abrillantaban su personalidad de suyo obscura y deslucida.

Ya era la relación del rapto audaz de alguna moza garrida de la vecindad, ya el de un mozo boticario destinado a funciones secretariles, o de alguna serenata terminada a capazos, el plato del día de aquella sociedad reducida y curiosa, ávida de novedades, lo que brindaba el gaucho que, sin más propiedad que su caballo, su guitarra y sus armas, vagaba de rancho en rancho sollozando sus penas en melancólicas coplas llenas de sentimiento.

* * *

Un día, allá por 1875, auncióse de repente una visita que haría al Uruguay el presidente Avellaneda, acompañado de su ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, doctor don Onésimo Lequizamón, el más ilustre de los entrerrianos de su época. Las gentes del gobierno determinaron organizar festejos y diversiones que quedaran como un acontecimiento, no solamente en los anales del Uruguay, sino también en la memoria de su pueblo.

Se echó la casa por la ventana.

Aquello iba a ser monumental.

En las calles no se veía sino carros tirados a la cincha —de los que allí se llaman *carretillas*— cargados hasta el tope de cajones llenos de cohetes grandes, chicos y medianos, de bombas de estruen-

do para el día y *sordas*, pero llenas de luces, para la noche; de farolillos chinescos para colgarlos entre los árboles de la plaza; de vasitos para la iluminación a candil que entonces se usaba; y, en fin, de cuanto cachivache y herramienta era necesario valerse para armar grandes arcos triunfales en la calle que conducía al puerto y cuyos componentes principales eran, como lo son todavía hoy, el mataojo, planta que nunca falta en los festejos populares porque con su verde vivo pone una nota alegre en el conjunto, y el liencillo pintado con cal —cuando hay tiempo para ello—, gran soportador de inscripciones alegóricas y de expresiones de júbilo que, a existir en realidad seguramente se le juzgara locura.

Si el pueblo no se divertía, evidentemente no era por culpa del gobierno.

* * *

Llegó el día de la visita y desde la madrugada ya los hombres de la localidad —incluso los colegiales, dados de asueto al efecto con recomendación de vestir sus prendas más lucientes y vistosas —estaban de viaje para el puerto donde el gobernador, los ministros y todo su estado mayor de empleados y ministriles esperaban desde el alba al ilustre huésped, atragantados con arengas y discursos que se *improvisarían* después ante el jefe del Estado durante los ceremoniosos banquetes y comilonas.

Como el batallón y la policía fueran demasiado

cortos, puestos en hilera a ambos lados de la calle, para cubrir toda ésta desde el pueblo al desembarcadero... se taparon las piernas hasta donde alcanzó la manta: el último soldado y su vis a vis, vestidos de pantalón lacre, chaquetilla azul oscuro, morrión con plumas verdosas, guantes y correaje blanco, ¡por falta de colores no era desgarrado el batallón!, quedaba allá como a diez cuerdas del muelle que "hervía de gente a pie y a caballo" según la expresión de entonces y que serían como unas trescientas personas de todos matices y pelajes.

* * *

Al fin llegó el vaporcito de guerra que conducía a los huéspedes anhelados. La banda gimió un himno nacional mestizo de italiano, y la comitiva emprendió a pie el largo trayecto, analizando y comentando hasta el más mínimo gesto del presidente y de sus acompañantes de Buenos Aires.

De tropezón en tropezón llegaba ya la columna precedida por la banda, cuyos miembros soplaban de manera excepcional y como deseando cada uno hacerse notar de los visitantes, quizá con la vaga esperanza de conquistarse un protector entre aquellos desconocidos que se suponían tuvieran las llaves del cielo, cuando de repente se oyó un grito estridente: ¡Aquí está Calandria, maulas!, se sintió un tropel de caballos al lado mismo de la persona presidencial y tres ginetes, montados en fletes ágiles y vistosos, atravesaron a media rienda

por entre la comitiva y emprendieron la fuga a la carrera, hacia unas lomas verdes que se veían al oeste, golpeándose la boca en son de burla.

Un grupo de soldados de policía, repuesto del estupor momentáneo producido en su ánimo por la voz de Calandria, al ver que su comisario Martínez se ponía en persecución de los fugitivos le imitó con bríos.

La comitiva, incluso el presidente Avellaneda, se detuvo a presenciar la lucha entre matreros y policiales. El caso era novedoso.

* * *

Perseguidores y perseguidos habían llegado a la cumbre de una loma: primero iba Calandria en su alazán, luego otro gaucho corpulento, de apellido Amarillo, en un bayo, y más atrás, en un tordillo, un muchacho como de doce años que aprendía la vida con semejantes maestros y que era sobrino, según se decía, del célebre clérigo Aguilar, uno de los asesinos de Urquiza. Detrás de éstos y como a media cuadra, iba el comisario Martínez y dos soldados de los cuales el primero desarrolló de repente unas boleadoras y, agitándolas brevemente en el aire, lanzólas por sobre su cabeza y la de su cabalgadura, con tal certeza, que después de dar varias vueltas en el aire fueron a enredarse en las patas del tordillo, que iba rezagado. Jinete y cabalgadura desaparecieron entre unas nubes de polvo levantadas al rodar aquella masa en el suelo.

Cuando se disipó y pudieron darse cuenta de los detalles del cuadro, éste había cambiado.

Calandria y su compañero habían entreparado sus caballos y volvían el rostro hacia el grupo que dejaban atrás y al cual iban a atacar evidentemente; el muchacho que apenas alzaba una vara y desaparecía bajo su poncho que tocaba el suelo, a pie, se acercaba a su caballo caminando de espaldas y con un cuchillo en la mano izquierda, para cortar las boleadoras que lo ligaban, mientras con la derecha sostenía un trabuco, con el que amenazaba al grupo del comisario y de los soldados, que estaban inmóviles, no atreviéndose a avanzar.

Los matreros volvieron caras y atropellaron a la carrera, aprovechando el muchacho la coyuntura para cortar las boleadoras y saltar a caballo: fué en vano; no se había movido, cuando ya otra boleadora lo aprisionaba, obligándolo a repetir su arriesgada operación primera.

Los matreros cargaron: hubo tiros, atropelladas para librar al caído que no se rendía, sin embargo, y continuaba con su trabuco amenazante, que no bajó, hasta tanto Calandria, perdida la esperanza de libertarlo, no le gritó ¡rendite! a tiempo que era embestido por los soldados y obligado a ponerse en fuga.

Preso el muchacho, fué destinado a la banda del Batallón Provincial, donde murió tísico a fuerza de soplar en el pistón.

Días después hablaba yo con Calandria en una pulpería lejana y le decía: — ¿Pero para qué se

compromete así? ¿Quién se va a animar ahora a pedir su indulto?

—¡Bueno... Y que no lo pidan! ¡En algo se ha e divertir uno!

—¿ Y qué le pareció el presidente?

—¡Tan chiquito!... ¿no? ¡Y tan ladiadito! Yo venía al lau y tuve ganas de voltiarlo de un yerrazo... ¡pero me dió lástima!

—¡...!

—¡Miren lo que había sido un presidente! ¡Yo creiba que fuera siquiera como el mayor Espeleta!

Se refería a un mocetón que medía casi dos metros, siendo una figura bizarra y elegante.

HISTORIA CRIOLLA

El coronel Villagra y el general Urquiza

Allá, al borde del riacho boscoso y pintoresco de a costa de Entre Ríos, se halla Gualaguaychú, una de las poblaciones que era más floreciente de aquella provincia en los tiempos en que el general Urquiza era su señor y la gobernaba con la buena constitución que él solo conocía y que le sirvió, un día, para llevarse por delante al terror de la Argentina.

¡Mansito era Urquiza en ese entonces y como para tomarlo de chacota como a los pobres gobernadores de Catamarca y de La Rioja, en quienes ejercitaba una energía que se estaba saliendo de la vaina pero que no encontraba con facilidad donde ubicarse!

El pueblo era tranquilo y lo gobernaba un viejo coronel de aquellas caballerías que habían acreditado su nombre rompiendo cuadros y lanceando

artilleros en la boca misma de sus cañones, y es de él de quien hoy quiero ocuparme.

Se llamaba don Eduardo Villagra y era conocido entre veteranos y gente de guerra como hombre bravo y decidido: lo que no es poco decir.

Yo no lo conocí en sus buenos tiempos —cuya fama no obstante aun lo rodeaba transformada en respeto— sino en aquellos tiempos en que los años y la obesidad lo tenían clavado en una silla y en que su papel se reducía a cuidar que sus hijos menores —mis contemporáneos— y los amigos que se traían de la escuela o de regreso de las famosas *rabonas* no se descalabrarán en una pendencia originada por trompos o bolitas: se sentaba en el vasto patio de la casa, teniendo a su lado un trozo de madera sobre el cual rompía coquitos negros y lustrosos cuya médula saboreaba con deleite, mientras ejercía las funciones de vigilante.

De repente dos muchachos salíamos trezados de una rueda y menudeábamos puñetazos con el mayor entusiasmo; el viejecito dejaba los cosos, se sonreía y gritaba:

¡Dale, rubio! ¡Lindo, tape!... ¡Déjame ver!... ¡quítense de ahí!

Y se deleitaba contemplando nuestras riñas y tartando de provocarlas cuando no se producían.

Y luego al vencido lo llamaba, le daba un coco y le decía:

—Bueno, pues, y si es flojo, ¿a qué se mete? ¡Aprenda a ser prudente!

Y así iba pasando la vida, plácido y tranquilo, sirviendo de juez en sus pendencias a los hijos y

a los nietos de aquellos a quienes había juzgado y mandado como hombres.

¡Este fué el coronel Villagra que yo conocí!

No era por cierto el arrogante mocetón que había salido de su pueblo como soldado, había vuelto luciendo galones ganados en aquellas célebres batallas de la Independencia y había sido más tarde uno de los mejores lanceros entrerrianos, acompañando a Urquiza en todos sus combates.

¡El león estaba viejo y comprendiéndolo abandonaba la vida turbulenta, quizás con pesar, pero orgulloso de no haber flaqueado jamás ante el enemigo!

Un día, en la plenitud de sus fuerzas, lo sorprendió un jefe que más tarde hizo célebre su nombre en todo el mundo: Garibaldi.

Fué en septiembre de 1845.

Mandaba el coronel Villagra, en nombre de Urquiza, el pueblo de Gualeguaychú: era cuando la tenaz persecución a los unitarios. Cumplía con su deber, así no más, le placía no ser muy perseguidor en tiempos de paz y más le gustaba encontrar un enemigo en campo abierto, con una buena lanza en la mano que ir a sacarlo de su casa, como un cordero, para hacerlo pagar delitos que quizás no conocía.

Esta conducta hacía que Villagra no tuviese enemigos enconados.

Una noche se mete Garibaldi por el riacho, llega al pueblo sin ser sentido y toma prisionero al coronel, cuyos soldados andaban por ahí, y que

dormía tranquilamente allá en su casa de familia custodiado por el respeto del vecindario.

El jefe italiano al servicio de los defensores de Montevideo ocupó el pueblo, y como la guerra es guerra, ordenó se fusilara a algunos prisioneros y entre ellos al coronel. Intervinieron los vecinos, se hicieron peticiones y Garibaldi puso en libertad a su enemigo.

La noticia llegó a oídos del general Urquiza como transmitida por telégrafo: alguien le sopló que el coronel Villagra era unitario y apoyó su aserción en el hecho de haberlo puesto Garibaldi en libertad siendo nada menos que un jefe de talla.

El general solía tener sus debilidades por el oído y, olvidando los servicios de su compañero de armas, su lealtad, su carácter, le mandó un sustituto.

Villagra, ofendido, se retiró a su casa sin pedir ni siquiera una explicación de su conducta a aquel bajo cuyas órdenes había corrido más de una vez el riesgo de morir.

Una mañana se oyeron en el pueblecito dianas alegres, los vecinos endomingados corrían de un lado a otro presurosos y las comadres se decían de puerta en puerta:

—¡ Ha llegado el general. . . habrá un gran baile!

Era en 1851 y empezaba a alborear la revolución que dió en tierra con don Juan Manuel de Rosas; el viaje del general Urquiza era significativo.

El viejo coronel no lo ignoraba y se paseaba en su patio, indeciso.

No sabía si domar su orgullo y concurrir a saludar a su jefe o quedarse en su casa y olvidarlo.

Venció su corazón y se le vió atravesar la plaza e ir a la casa de policía —a la comandancia— donde el general estaba recibiendo a los vecinos espectables.

Por medio de ellos atravesó: el general lo vió y en uno de aquellos arranques violentos que le eran peculiares, exclamó recordando su desavenencia con el viejo jefe:

—¡ Villagra... eh?... ¡No merece mi amistad un perdonado de Garibaldi!

—¡ Ni merece este recibo, quien como yo ha guerrreado por la patria cuando V. E. mamaba!

Y el viejo coronel se dió vuelta con presteza y se alejó con el entreceño arrugado.

—¡ Vení acá... tigre... vení!... dijo el general, a quien jamás desagradó encontrar hombres que no temblaran en su presencia.

El viejo coronel ni se dignó dar vuelta la cabeza.

En los ojos del general, brilló un rayo de cólera, de aquella que era tan conocida y que nadie osaba provocar, pero se contuvo y exclamó:

—¡ Toro el viejo, eh!... ¡Toro!... ¡Y primero lo he de quebrar, eh!... antes que doblarlo!

* * *

Fué la última vez que el general Urquiza vió en su presencia al arrogante viejo, que era recto como la lanza que había usado en sus campañas y menos flexible que la moharra que más de una vez tiñera con sangre.

COMO NACIO EL “DON QUIJOTE”

Querido amigo:

En este momento recibo tu esquila. ¿Cómo diablos te has acordado de mí para informarte sobre el origen de *Don Quijote*? Verdaderamente es sorprendente que a tu edad conserves una memoria tan buena. Yo, a quien, sin embargo aventajas en una veintena de años, he necesitado que tu esquila venga a removerme el depósito de los recuerdos para traer a la memoria al tal *Don Quijote* y por ende a Sojo, su dueño, cuya silueta ha mucho no se pinta en mi retina, diré imitando a nuestro bueno ampuloso y querido Fernández Espiro.

Y —¡ahora que caigo!— me pones en un serio aprieto con tus dichosos informes.

Tú sabes que soy un pobre empleado público e ignoras quizás que en los tales recuerdos anda mezclado N... y que éste me puede agarrar en su diario y ponerme *mormoso* si le disgusta que

yo me haya dejado hurgar la memoria con tu es-
 quela. Cuando se trata de cosas con periodistas,
 un funcionario público debe andar con un tramo-
 jo en la lengua para que no pueda moverse mucho.

¡Tú no sabes!... Yo le tengo un miedo bárbaro
 a los diarios.

Con que así — el miedo no es zonzo— te preven-
 go que mis recuerdos serán la verdad desnuda...
 de comentarios.

Y ahora, vamos al *Don Quijote* y a las circuns-
 tancias que precedieron a su aparición.

* * *

Allá a principios de 1884, a mí me comenzó a
 hacer cosquillas una idea que parecía luminosa y
 que sería engendradora de una modesta chorrera
 de pesos que yo me encargaría de cambiar por una
 punta de cosas que me hacían falta y aun me ha-
 cen una inmensa falta.

Entonces yo era *noticiero* y candoroso: aun creía
 en las ideas luminosas.

Rumiando mi proyecto andaba —que no era otro
 que fundar un diario chico y chacotón— y me es-
 trellaba —como siempre me estrello cuando se me
 ocurre desenterrar ese cadáver de ilusión, para aca-
 riciarlo— con la falta de dinero.

Para ahorrarme la vergüenza de confesar que
 soy pobre, hoy que hay tanto ex' amigo con for-
 tuna hubiera querido decir esto en francés, pero
 manejo mal esta lengua.

Pido perdón a los que se abochornen por mí.

La tal falta de dinero era cuestión que me tenía caviloso a todas horas, pero un día llegó en que mis cavilaciones tuvieron un descanso; fué aquel venturoso en que un diputado y mi patrón en ese entonces, me atajó en un pasillo del Congreso y me dijo:

—¿Usted anda por hacer un diarito, no?

¡Qué sobresalto para mí, qué palpitaciones de corazón, cuánta esperanza a lo lejos!

—¡Sí. mascullé, es cierto... así pienso!

—¡Bueno... No haga nada sin hablar mañana conmigo!... ¡Quizás hagamos algo muy bueno!

Me despedí de él ni sé cómo. En la cabeza me sonaban libras esterlinas, cóndores y todas clases de monedas de oro, plata y hasta cobre.

Ese día mi crónica de *La Nación* fué *chancha*: como para crónicas estaba yo, que ya me veía hasta soñoliento como Bartolito Mitre y como me parecía debía serlo el director de un diario de una circulación bárbara.

Después se me pasó el chucho y empecé a pensar que tal vez se querría hacer un diario rochista, cosa que no me hacía gracia, dado que yo no era ni tenía ganas de serlo.

O me convertía o se hundía el proyecto...

Y no le vi salida al callejón: mi alegría moría en pañales.

Al otro día hablamos claro y nos entendimos.

Yo —en unión con un mozo Sojo que me presentó y que según don Héctor F. Varela que se lo recomendaba de España, era un gran dibujante—

fundaríamos un semanario de caricaturas que no se embanderaría en política.

Se daría lo que a Sojo y a mí nos faltaba: dinero.

¡Utilidades?... A partir entre los tres.

¡Y nació *Don Quijote!*

* * *

Yo creía que se iba a vender como el pan y que produciría un platal.

Pasaron el primero y segundo mes tras una serie de sudores para parir cosas que parecieran chistes y... no caía ni un peso.

¡Bueno, decía yo, el mes que viene caerán!

Y ahí andaba con Sojo llevándolo por el Congreso, por la Casa Rosada, por las calles mostrándole las cosas y los hombres de este país, cuando de repente ¡zás! aparece una caricatura fastidiando a un amigo mío, hombre de política.

La cosa no me gustó y reclamé de Sojo que se respetara el pacto.

Me dijeron que había sido un descuido y que no volvería a ocurrir aquello y qué sé yo qué más y seguí con la redacción de *Don Quijote*.

Sin embargo, conociendo que *me habían tirado*, como dicen los pícaros, escribí un artículo de un tinte suave en favor de mi bando: algo como el reverso de la caricatura que me picaba.

¡Y se olvidaron de publicármelo, echándomelo al *carnero!*

Esto ya era mucho para mí; vi que Sojo y yo

S A L E R O C R I O L L O

no podíamos ser jamás socios y sin decirles nada abandoné a *Don Quijote*.

Y yo me separé de ellos que siguieron juntos y no sé si seguirán aún.

* * *

Y aquí pongo un puntito final a los recuerdos y me quedo deseando que la buena memoria no me cueste un susto jefe.

F I N

INDICE

José S. Alvarez Escalada ("Fray Mocho") biografía	7
Siluetas callejeras	11
Cuentos gauchos	15
Instantáneas metropolitanas	19
Calandria y Martiniano Leguizamón	27
Siluetas metropolitanas	31
Lo siguen los cimarrones	39
Tradiciones argentinas	47
Ramón Romero	53
El clac de Sarmiento	59
El Dr. Onésimo Leguizamón	63
El coronel Aureliano Cuenca	69
Trapos viejos	73
Bocetos porteños	79
Della Valle	85
Bucceri	91
"Se me augan los pieses"	97
Los desarreglos del gobernador Orellano	99
Una anécdota de Guarumba	101
Aneecdótico	103
Una bolada... como hay muchas	105
Humo de cigarro	107
Recuerdos viejos	111
Antaño y ogaño	115
Episodios militares	121
La serenata	127
El club	135
Benjamín Posse	143
Historia criolla	147
Agua fuerte	151
La tapera	155
Calandria	161
Calandria y el doctor Avellaneda	169
Historia criolla	177
Cómo nació "El Quijote"	183

